

Sandro Romero R.

JULIO  
GARAVITO  
DE COLOMBIA  
A LA LUNA

Ilustraciones  
Claudia García



COLCIENCIAS



col  
00782

Sandro Romero Rey

JULIO

GARAVITO

DE COLOMBIA A LA LUNA

Ilustraciones

Claudia García



COLCIENCIAS

\$ 15.000 17-03-99



**COLCIENCIAS**

Director: Fernando Chaparro Osorio  
Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar  
Asesor de la Subdirección de Programas Estratégicos: Jesús María Álvarez  
Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial  
y diseño general: Carlos Nicolás Hernández  
Tres Culturas Editores Ltda.  
Carrera 35 No.14-67 Tel.: 2 37 70 56  
Fax 2 74 52 04  
Celular: 2 52 45 38

Ilustraciones: Claudia García

Fotografía: Paola Velásquez

Portada interior: Cráter Garavito. Revista Anales de Ingeniería No. 868, 1997.  
Sociedad Colombiana de Ingenieros

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

Preprensa electrónica: Fitolito Colombia Ltda.

Primera edición: agosto de 1998

ISBN: 958-9037-66-6

© Sandro Romero

© Derechos reservados: Colciencias  
Fax: 6251788  
E-mail: info@colciencias.gov.co  
Transv. 9A No. 133-28  
Santafé de Bogotá, D. C.  
Colombia - Suramérica

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S. A.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America





## CONTENIDO



Pág. 7  
¿Quién está en el billete?



Pág. 15  
Sale la Luna, sale el Sol



Pág. 33  
¿Aquí vive el profesor Garavito?



Pág. 51  
Los observadores  
del Observatorio



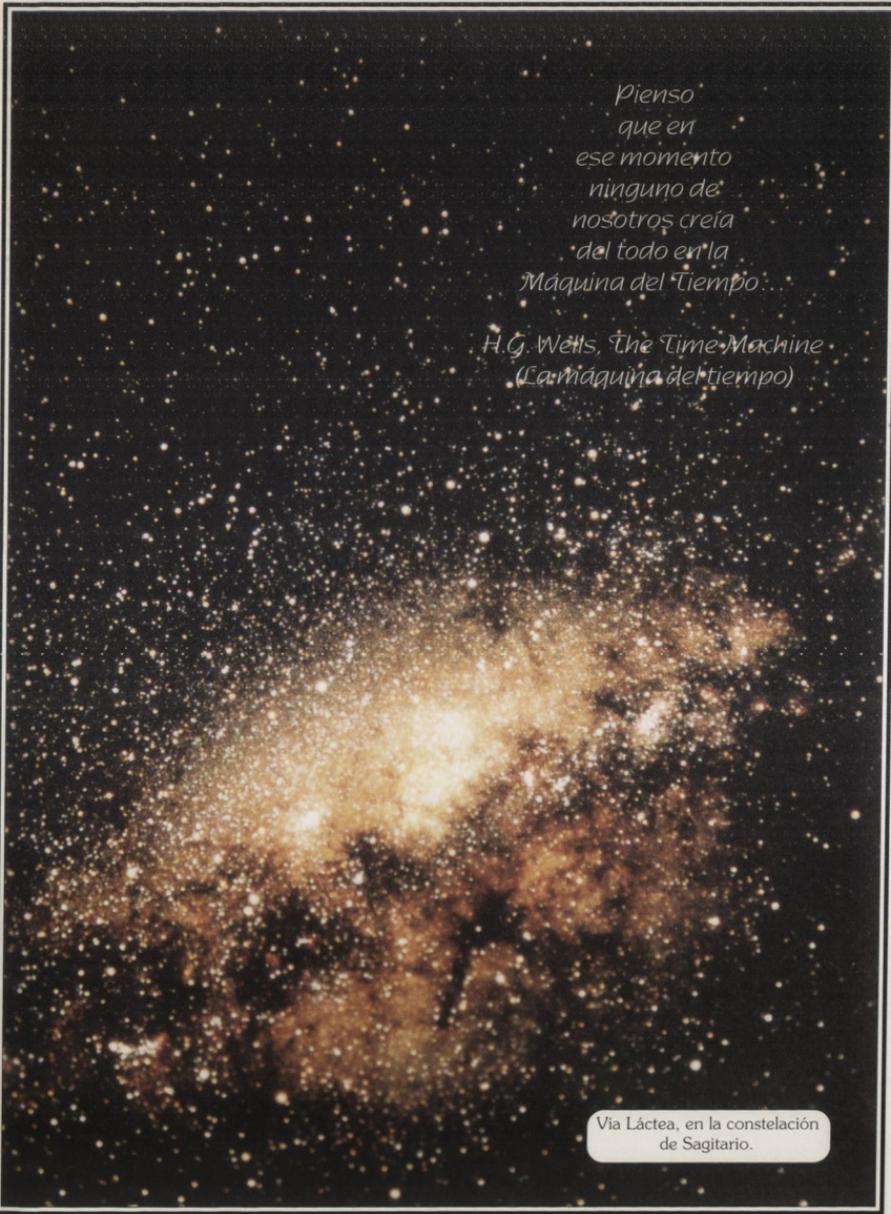
Pág. 57  
El lado oculto de la Luna



Pág. 75  
El último mensaje



Pág. 79  
Final:  
Instrucciones  
para aterrizar



*Pienso  
que en  
ese momento  
ninguno de  
nosotros creía  
del todo en la  
Máquina del Tiempo...*

*H.G. Wells, *The Time Machine*  
(La máquina del tiempo)*

Via Láctea, en la constelación  
de Sagitario.



## Introducción: Instrucciones para volar

*Sí, ya sé que quienes van a leer esta historia no conocen a Federico. No les voy a echar la culpa. Federico es un niño de muy corta edad, nacido en Santafé de Bogotá, capital de la República de Colombia, pero criado en Londres, una ciudad distante y perdida en medio de las brumas de Inglaterra. Nadie se ha preocupado por conocer a Federico, pero me voy a permitir narrarles un episodio de su vida y, sobre todo, su insólita relación con el profesor Julio Garavito.*

*¡Ah! ¿Tampoco saben quién es el profesor Garavito? ¡Vaya! Esto me va a tomar mucho más tiempo del que pensaba dedicarle al tema. Pero, en fin. No me arrepiento. A mí este cuento me trae gratos recuerdos. Así que espero que pasemos un rato agradable; yo, contándoles estas delicadas anécdotas del travieso Federico, y ustedes leyéndolas con la mayor atención. Si se aburren, por favor, me lo comunican. Pero estoy casi convencido de que el asunto nos va a interesar a todos. Y aspiro a que Federico no se vaya a sentir traicionado cuando lea lo que sigue. Mucho menos, el profesor Garavito.*

*Federico es un niño de finales del siglo XX, al que le gusta la televisión, va al cine y se divierte con los dibujos de las historietas cómicas. De cómo llegó al año 1920 en Bogotá, es algo que tenemos que explicar a continuación. No se olviden que nuestra historia empieza en Londres, en la Navidad de 1997. ¿Dónde terminaremos?, eso es algo que...*

*Federico, por favor, ¡acuéstate! Ya es muy tarde...*

## ¿Quién está en el billete?



Todo comenzó un 15 de diciembre en la capital inglesa. El papá de Federico llegó muy agitado al apartamento, cargando con dificultad un pesado computador que había comprado a muy buen precio. Era la última oportunidad que le daba, a la mala fortuna: la semana anterior, recién llegado de Colombia, había conectado su nuevo ordenador portátil a la implacable energía londinense y el aparato se fundió, sin siquiera lanzar un gemido de agonía.

El papá de Federico lloró en su sillón favorito durante varios días. Federico, con su rebaño de dinosaurios amaestrados, lo miraba en silencio, pero no decía nada. Permanecía jugando, convencido de que la indiferencia era mucho más agradable que la preocupación. Sólo cuando vio a su padre comiéndose las páginas del periódico del domingo y a su mamá dispuesta a hacer maletas para buscar navidades más felices, decidió tomar cartas en el asunto.



—¿Cuánto vale un computador nuevo? —preguntó el niño. Su padre lo miró en silencio.

—Vale mucho más de lo que tenemos —respondió—. Y para comprarlo, necesitamos de esto.

El Papá le mostró un billete de veinte mil pesos colombianos. Federico nunca olvidaría la imagen que tuvo enfrente; la imagen de una aparición: un hombre de ojos brillantes, bigotes decididos y una fina y tranquila sonrisa de sabiduría, con el pelo hacia atrás y el cuello de pajarita descansando sobre sus propios dobleces. Cuando la figura del billete vio los ojos de Federico, cobró vida. Le hizo gestos, abrió la boca y le lanzó gritos sin sonido. Federico no podía creerlo. Trató de quitarle de las manos a su papá aquella aparición, pero su exaltado progenitor no lo dejó. “Es mío”, le dijo. “No me lo vayas a dañar”.

Podría tratarse de una alucinación, pero en la edad de Federico nadie piensa en alucinaciones y cualquier amago de la fantasía se considera como una travesura de la realidad. Así que nuestro héroe se hizo el de la vista gorda y siguió jugando con sus dinosaurios de plástico. El papá guardó el billete en el cajón del escritorio y siguió pensando en la forma como iba a recuperar sus escritos. Cuando ya estaba listo para ponerse a trabajar, el reloj marcó las cuatro de la tarde. Federico se lanzó como un relámpago al perchero más cercano, haló una bufanda y un abrigo y se los extendió a su papá. No quedaba más remedio que aceptar la invitación. Era la hora del museo.

Al Federico no le gustaba: le fascinaba el Museo de Historia Natural que quedaba a pocas cuadras de su casa. Allí iba todas las tardes. Pero cuando ya iba a descender las escaleras del edificio, se inventó cualquier disculpa y regresó al escritorio. Sacó el billete de veinte mil pesos y lo miró contra la ventana: allí estaba la cara del hombre del bigote haciéndole distintas señales de emergencia.

—¿Qué pasa? —le preguntó Federico a toda prisa.

—Cuando vuelva del Museo, hablamos —dijo el hombre de los bigotes—. Es cosa de vida o muerte.

Federico estuvo sin mucho ánimo en el Museo, le hizo inventario a los esqueletos de los dinosaurios y regresó a la casa. Esa noche, su padre iba a leerle un cuento, pero él no lo dejó empezar, acosándolo con preguntas acerca del señor del billete. El papá reconoció su ignorancia. Sólo pudo decirle que se llamaba Julio Garavito y nada más.

—Pero él no es malo, ¿verdad? —le preguntó el niño.

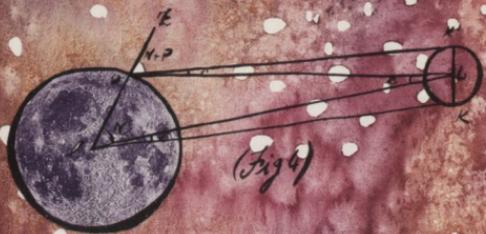
—No —le respondió su padre—. Si está en el billete, te aseguro que no pudo haber sido malo.

El padre se sintió herido en su orgullo. Al día siguiente, cuando Federico salió con la mamá para el colegio, conectó el computador con sumo cuidado y se puso a navegar bajo sus aguas. Tecléo con impaciencia, indagó en archivos insospechados, constató fechas, cuestionó a autores sin rostro ni respuestas. Poco después del medio día, había logrado entresacar algunos datos sueltos, por lo que supo que don Julio Garavito había nacido el 5 de enero de 1865 y que era bogotano de pura cepa. Que su madre se llamaba Dolores Armero de Garavito y que su padre era conocido en el terruño como don Hermógenes Garavito. Descubrió que Julio había conocido las primeras letras gracias a la educación de su madre y que desde muy niño se había destacado por su precocidad y dedicación matemática, hasta tal punto que, a la edad de once años, calculó las efemérides de la Luna y su primer almanaque, “a la vez que resolvía difíciles cuestiones de geometría”, tal como se lo aseguraron olvidados archivos en el inmenso mar de la información. Se enteró de que había sido un genio en su época y que había escrito textos difíciles como la *Mecánica Celeste y las Ecuaciones finales para el cálculo de las posiciones de la Luna, según el método de Hill-Brown*. “¿Pero para que sigo?”, pensó. “Federico nunca va a entender de qué se trata”. Por lo tanto, decidió cancelar el tema.

Pero Federico no lo canceló. Tan pronto hubo regresado del colegio, aprovecho un descuido de su padre, fue al escritorio, sacó el billete y se lo escondió en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Esa noche, cuando sus progenitores roncaban a dúo, Federico encendió la lamparita de su mesa de noche y, contra el bombillo, colocó los veinte mil pesos. Allí estaba el profesor Garavito mirándolo con preocupación. Sin perder un segundo, entró en materia.

—No tenemos mucho tiempo —le dijo don Julio—. Lo único que te puedo decir es que soy la memoria del profesor Garavito. Soy su conciencia. El profesor Garavito murió el 11 de marzo de 1920, pobre como había vivido, pero yo permanezco aquí, guardando su espíritu. Sin embargo... hay un problema. Un gravísimo problema. —Y se quedó callado. Federico esperó con paciencia, pero pronto se desesperó.

—¿Si? —preguntó.



Lado frontal de la Luna



Garavito a la edad de 8 años,  
con su madre.



—Sucedee que... se me ha olvidado todo —y el dibujo del profesor Garavito se puso rojo como un tomate—. Cuando te digo todo, es todo. El cálculo infinitesimal, la astronomía, las efemérides de la Luna, la geometría no euclidiana, la economía política. Todo, todo. Todo lo que el profesor Garavito estudió en la vida, se me ha olvidado a mí, que soy su memoria. ¿No te parece terrible? —le dijo al niño Federico.

—Sí, es terrible. Pero, ¿qué puedo hacer yo? —contestó Federico al dibujo del billete.

—Vas a viajar a Bogotá y vas a recuperar mi memoria. No puedo contratar adultos para esta misión. Es muy delicado. Si algún adulto se llega a dar cuenta de que la memoria del profesor no tiene memoria, podría ser fatal. Me quitarían de todos los billetes de veinte mil pesos; se burlarían de mí, me insultarían, me romperían en mil pedazos. Tiene que ser un niño de confianza. Y ese niño tienes que ser tú.

Federico lo miró en silencio, porque la idea de viajar a Colombia lo entusiasmaba más que nada en el mundo. Pensó en sus primos, en sus dos abuelas y en los árboles del Parque Nacional. No le costó mucho trabajo aceptarle la propuesta al extraño personaje del billete. Sin pensar demasiado en las consecuencias, preguntó las instrucciones del viaje y la memoria del profesor Garavito le indicó, sin pérdida de tiempo, que lo llevara al computador de su papá.

—¿Seguro que no va a quedar inservible? —pregunto Federico, muy preocupado por el tesoro paterno.

—Cómo se te ocurre dudar de mí —alegó la memoria—, por muy despistado que yo sea, soy la conciencia de un científico. No le va a pasar nada al aparato. Además, en los computadores hay de todo. Si no encuentro allí lo que necesito, no lo voy a encontrar en ninguna parte.

Federico aceptó. Se dirigieron al estudio del papá y una vez allí, Federico encendió la lamparita. La memoria del profesor Garavito se veía muy impaciente.

—Colócame sobre el teclado, por favor —le pidió el hombrecito del billete.

Así lo hizo el niño. Desarrugó el papel moneda y lo colocó sobre las teclas del computador, entre las letras s y ñ. En ese momento, la pantalla se volvió multicolor: salieron estrellas, maripositas, signos geométricos de muchas formas, emitiendo extraños sonidos, como los de los animales del bosque durante la noche. Federico abrió la boca aterrado.

"El parlamento". André Derain.  
Óleo sobre lienzo 1905-1906.  
Museo de Arte Moderno de  
Troyes.



Costado suroriental de la Plaza de Bolívar. Iglesia del Sagrario,  
Edificio de Correos y Colegio de San Bartolomé.



—Escucha muy bien —dijo la memoria—. Vas a ser transportado a través de la pantalla de este computador y te vas a encontrar en las calles del barrio de La Candelaria, en Bogotá. No te preocupes, porque en esa época nadie le hace daño a nadie. Por el contrario, todo el mundo es muy amable, en especial con los niños. Apenas llegues, vas a preguntar por el profesor Julio Garavito, a la primera persona que te encuentres en la calle. Seguro que te va a decir dónde vive, porque al profesor todo el mundo lo conoce. Una vez llegues a su puerta, preguntarás por él, te harás su amigo y, cuando consideres conveniente, le vas a pedir que te regale una bolita de cristal.

—¿Una bolita de cristal? ¡Me lo hubieras dicho! ¡Tengo como doscientas en mi cuarto! —contestó el niño.

—¡Ay, por favor, Federico! No te pongas a decir ahora barbaridades. Necesito que me traigas la bolita de cristal que el profesor Garavito guarda en uno de los cajones de su escritorio. Allí está la clave para que yo recupere toda mi memoria. ¿Me entiendes? —dijo con apremio la figura.

La memoria del profesor Garavito continuó con sus entusiastas instrucciones y a Federico le dio pena decirle que todo eso le daba un poquito de miedo.

—De cualquier manera, te pido el favor de que me lleves en uno de tus bolsillos. Sé que voy a serte muy útil en el viaje al pasado. Pero, ¡por favor!, no me saques en público. Eso sería muy incómodo, tanto para ti, como para mí. ¿Me has entendido? —le explicó el hombrecito del billete.

—No. No entiendo —dijo Federico—. Lo que sí estoy empezando a entender es que voy a viajar al pasado, como si estuviera en el libro de **La máquina del tiempo**, que me leyó mi papá. ¿Será que puedo ir a la época de los dinosaurios?

—¡Federico, ¡por favor, no te salgas del tema! —el hombrecillo del billete perdió la paciencia. Se volvió un rollito y comenzó a saltar sobre las teclas. Federico trató de hacerle otra pregunta, pero la memoria del profesor no le dio tiempo. Una bola de humo verde salió de la pantalla y lo cubrió por completo. Al niño se le pararon los pelos y se levantó unos centímetros de la silla. Estaba empezando a volar. Se aferró a los brazos de su asiento, justo en el momento en que el billete era absorbido por el computador. Federico estiró un brazo para tratar de alcanzarlo, pero la pantalla también se lo fue tragando: primero los dedos, luego los brazos, por último la cara



y el resto del cuerpo. El niño nadó por aires desconocidos, dando vueltas y vueltas envuelto siempre en el humo verde que le servía de escudo de protección. Inútiles fueron los gritos que daba llamando a su padre. Federico y el billete flotaban en un mar de luces y figurines, descubriendo, a cada paso, a cada aleteo, fragmentos del mundo que se habían quedado regados por el camino. A pesar de lo insólito de la situación, se sintió a gusto en este universo tan particular.

A lo lejos, de repente, apareció una lucecita, como la de una vela. El billete flotó a gran velocidad en esa dirección. Hacia allá iba Federico. Trató de gritar para que el billete lo esperara, pero parecía como si su voz no fuese hacia ningún lado. Entonces, se dedicó a ponerle cuidado a su recorrido: al frente, la luz fue creciendo, cada vez más, hasta dejar ver una bola azul que, a su vez, también fue creciendo, creciendo, y se volvió inmensa; luego, planicie y, por último, tierra. Habían llegado a su destino.

El billete de veinte mil pesos cayó sobre un piso de piedras grises. Segundos después, cayó Federico. Trató de apoyarse en sus dos piernas, pero perdió el equilibrio y estrelló sus nalgas contra el suelo. Aguantó la respiración, buscando la forma de empezar a llorar.

—¡No! ¡No llores! —le suplicó la memoria—. Tenemos que regresar a tu casa antes que se despierten tus papás.

—Me estás engañando, ¿verdad? —Sollozó, contemplando, Federico—. Te aseguro que no tienes ni idea de dónde estamos, ni sabes cómo vamos a regresar.



## Sale la Luna, sale el Sol



El hombre del billete guardó silencio. Federico miró a su alrededor. Estaban en la esquina de una plaza solitaria, donde soplab el viento. El piso, ya lo había notado, era de piedras y las calles se trazaban en línea recta hasta diversos puntos de fuga. Tras él, inmensas montañas azules contenían el avance incontenible de una madrugada. No se veía a nadie.

Federico no volvió a hacer preguntas. Sin esperar ninguna recomendación del señor Memoria, tomó el billete, lo dobló en cuatro partes y se lo echó en el bolsillo izquierdo del pantalón. Inútiles fueron los ruegos de la silueta desesperada. Federico no quiso escucharlo más, porque se dio cuenta que, de aquí en adelante, era él mismo quien debería tomar las decisiones.

Miró hacia el cielo. Hacia su izquierda, una Luna llena y plateada, mucho más lejana que la que veía normalmente en Londres, lo indagaba desde la distancia. Luego giró hacia su derecha y el Sol comenzaba a

trepar con insistencia por los bordes de las montañas. Federico no entendió muy bien si se estaba haciendo de noche, o comenzaba la madrugada, o el tiempo se enredaba a tal punto, que el Sol y la Luna habían decidido convivir amistosamente. En Londres era de noche, pero ahora, no se sabía nada.

¿Estaba en Bogotá? Todo parecía indicar que sí. Una de las calles de piedra descendía con una ligera inclinación y, en la distancia, se dibujaba la sombra de un par de figuras que avanzaban hacia el niño. Federico decidió asustarse. Si estaba en la capital de su país, era mejor estar alerta. Trató de recurrir al billete, pero se acordó que era mejor mantenerlo escondido, porque no se sabía, a ciencia cierta, en dónde se encontraban.

Las dos figuras se fueron aclarando a medida en que subían las faldas de la colina. El iba con ruana y sombrero. Ella, con la cabeza cubierta de negro. Federico les sonrió, veinte pasos antes que llegaran a su lado.

—Buenas —les dijo Federico.

—Buenas —dijeron a dúo los que venían subiendo.

—¿Ustedes saben dónde queda la casa del profesor Julio Garavito?

El hombre y la mujer negaron con la cabeza.

—¿Y sus papás, niño? —preguntó la pareja—. Éstas no son horas ni el lugar para andar solo. Y mucho menos a su edad.

—Ellos ya vienen —mintió Federico—. Fueron a traerme mi espada de rayos láser.

—¿La qué? —preguntaron el hombre y la mujer al unísono.

Federico no pudo responder, porque sintió que un billete le pellizcaba con reproche el muslo izquierdo.

Entonces reaccionó al instante y salió corriendo loma abajo. El billete le lanzaba mensajes en clave Morse a su pierna, pero Federico no quiso responder. Corrió y corrió, gritando: “¡Profesor Garavito! ¡Profesor Garavito!”, sin parar, hasta que llegó a una inmensa plaza principal, rodeada de edificios imponentes, de color de helado de caramelo. Sí, no cabía la menor duda. Estaba en la muy noble ciudad de Santafé de Bogotá. Pero no había nadie. Federico comenzó a darle la vuelta a la plaza, mientras veía una casa blanca de dos pisos con balcones en una esquina, la

imponencia de una catedral con campanas que no sonaban, las columnas inmensas que enmarcaban la entrada a un espacio profundo que Federico no quiso investigar.

Se decidió a sacar el billete. Miro hacia uno y otro lado, asegurándose que nadie los iba a interrumpir. Luego sacó el papel y lo desdobló.

El profesor Garavito lloraba desconsolado.

—¿Qué pasa, Memoria? —preguntó el niño.

—Me vas a matar —dijo el billete—. ¡Cómo se te ocurre llegar a la Bogotá de comienzos de siglo y hacer esa clase de preguntas!

—Está bien, está bien. No vuelvo a meter las patas. Pero me parece que vinimos a preguntar por el profesor Garavito. Yo no quiero perder mucho tiempo.

—Pero con discreción, muchacho. De repente nos podemos ver envueltos en un serio problema.

—Un problema peor que éste, es imposible. Y... entre otras cosas, Memoria: ¿Cómo es posible que no haya gente en las calles? ¿Será que en esta época no había nadie?

—Hay mucha gente. Muchísima gente. Pero me parece que llegamos a una hora poco apropiada. Déjame ver: si en Londres eran las once de la noche en 1997, quiere decir que en Bogotá, en 1910, son las...

—Por favor, Memoria. No vayas a tratar de impresionarme, ya sé que se te olvidó todo.

—Federico... estoy tratando de colaborar.

A Federico le dio pesar. Iba a responder, queriendo ser cariñoso con el señor Memoria, pero, cuando menos lo pensó, una mano le arrebató el billete.

No podía creerlo. Un ladrón. Era otro niño, descalzo y desharrapado quien, apenas hubo tomado el dinero en sus manos, corrió con todo lo que le daban sus fuerzas, en dirección hacia las montañas. Inútiles fueron los gritos y los ruegos de Federico. El niño se alejó y se alejó en veloz carrera, hasta que se convirtió en un puntico negro en la distancia.

Federico se dio una palmada en la frente. Ahora sí, pensó, estamos fritos. O mejor, estaba él frito. ¿Qué iba a hacer a esta hora de la madru-



Calle 35 Florián. Bogotá,  
comienzos de siglo.

gada en Bogotá, en 1910, sin su billete de veinte mil pesos? Y lo que es peor: ¿cómo iba a hacer para regresar al Londres de 1997, a encontrarse con sus padres? Pensó en buscar a sus primas o a sus dos abuelas, pero en ese momento comenzó a entender los misterios del tiempo e intuyó que ninguna de ellas debió haber nacido todavía. ¿Qué le quedaba entonces? Seguir las instrucciones que le había dado el hombre del billete robado y ponerse en la tarea de buscar al profesor Julio Garavito, el de verdad, el de carne y hueso.

En ese momento, como si hubiesen dado la orden, comenzaron a aparecer los habitantes de Bogotá. Señores con sombrero y bigotes, mujeres cubiertas con mantos negros, hombres descalzos y de triste presencia, perros insomnes, mendigos despistados. Federico se sintió perdido en esa maraña de gentes que no lo miraban a la cara. Las mujeres pasaban con sus canastos y los hombres miraban sus relojes con leontina, mientras una lluvia ligera pero, de gotas firmes, le empezó a martillar en la cabeza. Había que apurarse.

Federico repitió una y otra vez la misma pregunta: ¿Dónde queda la casa del profesor Julio Garavito?

Nadie sabía. Entonces Federico pensó: "O los bogotanos también han perdido la memoria, o el profesor Garavito no es tan importante como lo estaba pensando". Vaya problema en el que se había metido. Y el hombrecito del billete, perdido entre los bolsillos rotos de un gamín capitalino. ¡Qué fatalidad! Federico comenzó a sentirse muy triste. Tan triste estaba, que prefirió sentarse en el borde de un andén y ponerse a llorar, como los niños de los cuentos de hadas.

Y como en los cuentos de hadas, alguien se le sentó al lado. Era un hombre de sombrero negro, qué se apiadó de él.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—¿Me va a robar? —dijo Federico, poniéndose de pies.

—¡Cómo se te ocurre! No te voy a hacer nada. Sólo quiero saber por qué llora un niño a estas horas de la mañana, solo, sentado en un andén.

—Me quitaron mi billete —sollozó Federico.

—Pobre. Otra víctima de Santiago el Pelafustán, me imagino.

—¿De quién? —preguntó Federico, ahora sí desconcertado.

—Del único niño que roba por estos lados a estas horas de la mañana. Pero no te preocupes. Yo me encargo de recuperar tu plata. Por lo pronto, toma esta moneda.

Y el hombre del sombrero negro le extendió una moneda rojiza, pequeña, que apenas si se podía ver en las manos de Federico.

—Gracias —dijo el niño—. Y... de casualidad. ¿Usted no sabe dónde vive el profesor Julio Garavito?

El hombre lo miró en silencio. Primero con curiosidad, luego con una sincera carcajada. Por supuesto que, el señor del sombrero negro conocía al profesor Garavito. El señor del sombrero negro parecía saberlo todo.

—Mira. Vamos por partes —le dijo el hombre—. ¿Qué quieres hacer primero: recuperar tu billete o hablar de don Julio?

—Las dos cosas —dijo Federico—. Pero creo que debemos recuperar primero el billete, antes que el niño ese se lo gaste. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—¿Yo o el niño? —bromeó el hombre del sombrero negro.

—Ambos —dijo Federico, con la impaciencia alborotada.

—Santiago el Pelafustán es el niño que vive allá arriba, en la Calle de la Fatiga. Y yo me llamo Germán, para servirte.

—Mucho gusto. Me llamo Federico. ¿Será que podemos apurarnos a recuperar mi billete?

El hombre del sombrero volvió a sonreír.

—Está bien, está bien. Vamos ahora mismo. Pero te aseguro que nunca en mi vida había conocido a un niño más apurado. Te pareces al conejo de Alicia.

Federico sabía que le estaban hablando de *Alicia en el País de las Maravillas*, pero no tenía mucho tiempo para ponerse a conversar sobre libros. Tomó de la mano a Germán para que se pusieran en camino, rumbo a la Calle de la Fatiga. El hombre del sombrero negro obedeció y comenzó a caminar por la ruta que seguía en línea recta hacia las



Descubra  
al Profesor  
GARAVITO



Julio Garavito  
Óleo por Ricardo  
Gómez Campuzano

Teatro Municipal de Bogotá,  
a comienzos de siglo.



*Julio Garavito (1865-1920)*

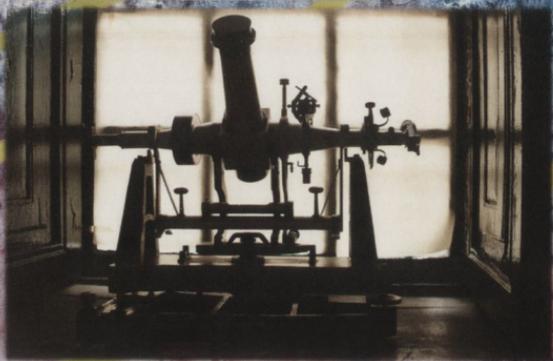


Isabel Cadena



*Justino Garavito (1871-1926)*

Anteojo de pasos  
fabricado por Gustavo Heide de Dresden.  
Observatorio Astronómico de Bogotá.



Germán negó con la cabeza. A Federico no le quedó más remedio que aceptar. Se metió la mano al bolsillo y sacó el billete de veinte mil pesos. La memoria del profesor Garavito lanzó un grito tan agudo, que hasta Germán alcanzó a oírlo, como un chillido de ratón. Pero Federico se lo guardó rapidito, sin darle tiempo a Germán de que detallara la figura.

—¿Qué es eso? —preguntó extrañado.

Y Federico le echó todo el cuento a Germán, quien primero lo oyó desconcertado y después lanzó una carcajada. Ah, la imaginación de los niños, pensó. No tiene límites.

Ante semejante historia, Germán tomó de la mano a Federico y decidieron dirigirse unas cuadras más abajo, hacia el noroccidente de la ciudad, donde se encontraba la casa del anhelado maestro. “Al lado de su hermano Justino y de su esposa Isabel Cadena. Porque don Julio se casó con María Luisa Cadena, que en paz descanse. Y don Justino con la hermana de ella”, le aclaró su guía. Iba a seguir profundizando en el árbol genealógico, pero el niño poco se interesó por el tema.

Bajaron por la Calle de la Fatiga, mientras Federico se tropezaba con las piedras del camino y sus zapatos se encharcaban por los restos de la lluvia que inundaban el piso. El Sol había decidido instalarse en la mitad del cielo y algunos nubarrones grises comenzaban a abrirle camino a la claridad del día. Germán, entusiasmado con su acompañante, comenzó a contarle historias mientras avanzaban. Le habló sobre los límites de la ciudad, sobre la iglesia de la Capuchina y el barrio de San Victorino, sobre la zona campestre de Chapinero y las anécdotas del monumento al Padre de la patria en el centro de la plaza que lleva su nombre. Federico no le prestó mucha atención. Estaba aguantando un grito de protesta, puesto que el billete dentro de su bolsillo empezó a pellizcarle el muslo con insistencia, desesperado por salir de allí y darle algunas instrucciones. Federico se hizo el que no se daba cuenta y continuó, sin musitar palabra, hasta que Germán se detuvo en el umbral de una puerta de madera y se quitó su sombrero negro, como si acabase de llegar a un templo.

—Aquí es —dijo. Y señalando un alero que se desprendía en la parte superior de la entrada, le advirtió, bromeando—: Y ten cuidado al cruzar. En la casa de don Julio siempre hay un *rompe-cabezas*.

Federico no lo podía creer.

—Muchísimas gracias —dijo—. No se imagina el favor que nos acaba de hacer. Mejor dicho, que me acaba de hacer. Perdóneme que no lo invite a seguir, pero de aquí en adelante me toca a mí solo seguir con mi trabajo. Si alguna vez se le ocurre pasar por Londres, pregunte por mi papá, que él, seguro, lo invita a tomar el té.

Federico le extendió la mano a Germán y éste le contestó el saludo, sin entender. Iba a seguir insistiendo en su curiosidad, pero Federico se dio media vuelta en dirección a la casa y se detuvo en seco.

En el umbral, estaba el papá de Federico, con el rostro pálido y sudoroso, como si hubiese salido de las imágenes de una película de fantasmas.

Federico quiso salir corriendo, pensando que lo iban a castigar, pero ya era demasiado tarde. Había sido pescado. No le quedó más remedio que agachar la cabeza y mirar a su papá como un ternero degollado, esperando que las represalias no fueran demasiado duras.

Pero el papá de Federico no estaba pensando en represalias, al menos por el momento. Llevaba puesta la misma camisa de color azul cielo despejado que se ponía todos los días y los mismos blue-jeans que no le ayudaban para nada a sobrevivir en los albores del siglo XX. Tenía los zapatos gastados y sucios, como si se hubiese venido corriendo. A Federico le dio un poquito de pesar verlo en esa facha, pero no podía decir nada ante la terrible evidencia de encontrárselo en el secreto epicentro de sus travesuras.

—Ya sé que tu curiosidad es muy grande, Federico —dijo el papá—. Pero nunca pensé que fueses a volar tan lejos. ¡Imaginate! ¡Carrera quinta número ciento noventa y ocho! ¡Hasta dónde hemos llegado! No voy a regañarte. No tenemos tiempo. Lo único que puedo decirte es que ya está muerto.

—¿Cómo? ¿Quién? —preguntó Federico, sin poder darle crédito a lo que estaba escuchando, aunque ya comenzaba a adivinar a quién se estaba refiriendo su papá y la noticia no podía ser más trágica. Se metió la mano en el bolsillo y sacó sin chistar el billete de veinte mil pesos, como para que la Memoria escuchase muy bien, y de primera mano, las últimas y terribles noticias que les habían caído encima.

—El profesor Garavito —dijo el papá—. Les fallaron los cálculos. Hoy es 15 de marzo de 1920 y el profesor falleció el 11. Hace cuatro



Camellón de San Francisco, 1895

días que don Julio ya no es habitante de este mundo. ¿Te das cuenta de lo que quiere decir esto?

—Pues claro que me doy cuenta —contestó Federico, un tanto molesto, porque se pusiera en duda su conocimiento del tema—. Lo que no entiendo es cómo hiciste para llegar hasta aquí.

—De la misma manera que tú lo hiciste —explicó el papá, casi que regañando—. Utilizando la ciencia. Te busqué por toda la casa y, como no te encontré, me imaginé que deberías estar escondido en un sitio imposible. Y el único sitio imposible es la pantalla del computador. Y aquí me tienes.

—Sí, pero yo tengo un amigo que me ha ayudado para hacer este viaje. No entiendo cómo has hecho tú para venir hasta este sitio, si a duras penas sabes prender ese aparato.

El orgullo del papá de Federico se resintió.

—Dejaron el computador prendido. Lo único que hice fue marcar una tecla y, cuando menos lo pensé, estaba en Bogotá en 1920. No quiero ni pensar si estoy soñando o no, pero prefiero que busquemos la forma de regresar a Londres, antes que tu mamá se despierte.

—Pero tenemos que ayudarle a la memoria del profesor Garavito —lloró Federico.

—¡Basta!

La voz del hombre del billete tronó como si viniera de la más temible pesadilla. El papá y Germán lo escucharon aterrados. Se dieron la mano, porque había que presentarse. Pasados unos segundos de tenso silencio, Federico estiró el billete y se lo devolvió a su papá. Lo mejor que podía hacer era entregarle los veinte mil pesos a su legítimo dueño y que él se encargase de tomar las medidas pertinentes. El papá lo recibió con cierto miedo y Germán se le paró al lado, desconcertado, al ver la cara del conocido científico, inmortalizado en un billete que no existía en ninguna parte.

—Federico, por favor —dijo la Memoria—. Necesito que alguien encuentre la bolita de cristal.

—¡Qué bolita ni qué bolita! —protestó el papá de Federico—. ¡Aquí no le vamos a parar más bolitas a nadie y nos vamos a largar inmediatamente para la casa!

—No podemos —dijo la Memoria.

—¿No podemos? ¿Cómo así que no podemos? —preguntó el padre, cada vez más impaciente.

—No podemos, porque, para viajar, necesitamos la bolita de cristal.

Y claro, el papá protestó y Germán preguntó y Federico trató de calmar los ánimos, hasta que no les quedó más remedio que aceptar las razones de la memoria del profesor Garavito. A estas alturas de la historia, Germán estaba tan metido en el asunto, que, de todo corazón se ofreció para conseguir la famosa esfera desaparecida, a cambio tan sólo de que lo llevaran a dar un paseo por el futuro. La Memoria le explicó por qué no se podía y a Germán le pareció decepcionante. Pero siguió colaborando, porque le parecía mucho más divertido vivir las aventuras de un niño, su papá y su billete, que deambular sin mayores propósitos por la plaza de Bolívar. Así que se prestó como voluntario para visitar la casa del maestro Garavito, sin ninguna contraprestación.

Germán empujó la puerta y entró. Federico y su papá se alejaron con prudencia. Era mejor que no los vieran allí y mucho menos al billete. El papá, visiblemente cansado, se sentó en la esquina de un andén y se frotó la cabeza con las dos manos. Federico le pidió disculpas, con un par de palmaditas en la espalda, como lo había visto hacer hacía poco en alguna película.

—Lo peor de todo —dijo el papá, con los ojos cerrados —es que todavía no sabemos quién diablos era el profesor Garavito.

—Ni tampoco sabemos cómo vamos a hacer para regresar a la casa —agregó Federico.

—No se preocupen, que en contados instantes vamos a encontrar respuestas a todos estos enigmas —los consoló la Memoria.

—Si aparece la bolita de cristal —aclaró, decepcionado, Federico.

Y todos guardaron silencio. Pasaron dos horas que, en un viaje al pasado, son como pequeñas eternidades. Hasta que regresó Germán, triunfante, con la bolita en sus manos.

Federico y su papá se pusieron de pie de un salto. La memoria del profesor Garavito daba gritos de alegría. Germán le extendió la figurilla al papá y lo miró con satisfacción.

—Espero que sea esto lo que estaban buscando —dijo.



Ricardo Borrero. Alrededores de Bogotá. Óleo sobre madera, 1910, Escuela de la Sabana. Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1990



Y sí, en efecto, era eso lo que estaban buscando. La memoria del profesor Garavito comenzó a dar órdenes sobre lo que tenían que hacer y, a los pocos segundos, nuestros tres amigos estaban todos en función de lo que les dictase la conciencia del gran científico. Lo primero que debieron hacer fue, por supuesto, alejarse del lugar. Germán los guió hacia un terreno desocupado y silencioso, donde la calma sólo era rota por los ladridos de algunos perros, o por los gruñidos lejanos de la ciudad. Una vez que se sintieron seguros, la memoria del profesor Garavito le pidió a Federico que colocara el billete en el piso y sobre él, la bola de cristal. Así lo hicieron. Todos miraron sin hablar y dedujeron que el billete estaba, en ese momento, más cercano a la prestidigitación que al frío raciocinio de la ciencia. Pero no hicieron más preguntas, porque ya estaban cansados de hacerlas y porque un rayo de luz violeta les impidió pronunciar cualquier palabra. El rayo salió de la figura esférica, hizo varios giros geométricos en el aire, hasta que se imprimió de un solo golpe en la parte posterior del papel moneda. Allí está, entre otras cosas, hasta el día de hoy. Los portadores del billete desde 1996 no lo saben, pero esa figura esférica, que representa la superficie de la Luna, estuvo en peligro de desaparecer, si no hubiese sido por el oportuno viaje de Federico hacia la remota Bogotá del año veinte.

No vamos a decir que Federico, su papá y Germán no-podían-creerlo-que-estaban-viendo, porque ya lo hemos dicho muchas veces y con esa explicación no vamos a adelantar nada. Ya estaban acostumbrados a lo increíble, y lo que venía de aquí en adelante era depender de los caprichos del hombre del billete.

Pero el hombre del billete era otra persona. Federico tomó el papel moneda en sus manos y lo puso a contraluz, en dirección al Sol. La memoria de don Julio Garavito había cambiado. Serio, sereno y simpático, los miró en silencio, tratando de calcular cada una de las palabras que deberían venir de ahora en adelante. No quiso dar las gracias, pero era evidente que la sabiduría había regresado a su cerebro. O, al menos, al papel, porque la Memoria dejó de ser la figurilla indecisa que ya nos había acostumbrado a todos a soportar y ahora era lo que debería ser desde un principio: un grabado solemne y discreto, poseedor de la razón, aún sin haber abierto ninguno de sus dos labios.

—Me imagino que ya sabe cómo vamos a salir de aquí, profesor  
—preguntó el papá con cierta sonrisita nerviosa.

—Sí, lo sé —respondió la Memoria, con su nueva voz de amnésico redimido—. Pero ahora... tampoco podemos.

—¿Cómo? —preguntaron a trío los tres que ya sabemos.

—Tenemos que esperar a que se vislumbre la Luna en el cielo. Según mis cálculos, es el único momento en el que lograremos la conjunción precisa para llegar a Londres sin ningún tropiezo.

Nadie dijo nada. El papá de Federico se iba a sentar a llorar sobre la hierba húmeda, pero su hijo no le dio tiempo. El niño le quitó el billete y, casi dando una orden, le gritó con firmeza al señor del billete.

—¿Por qué no nos dice, de una vez por todas, quién diablos era usted, profesor Garavito?

Fue más que suficiente. Todos estuvieron de acuerdo y el mismo científico decidió que lo más pertinente era empezar por el principio.

—Me parece que si queremos empezar por el principio, tenemos que ir a cada uno de los sitios en donde se desarrollaron los hechos.

—¿Desplazarnos? —preguntó, evidentemente agotado, el papá de Federico—. ¿No podemos escuchar aquí, sentados, mientras respiramos aire puro?

—Papá, por favor —le reprochó Federico—. Tú mismo me has dicho que hay que aprovechar al máximo los viajes. ¿No crees que éste es un momento único y que le tenemos que sacar todo el jugo hasta el final? No te parece que...

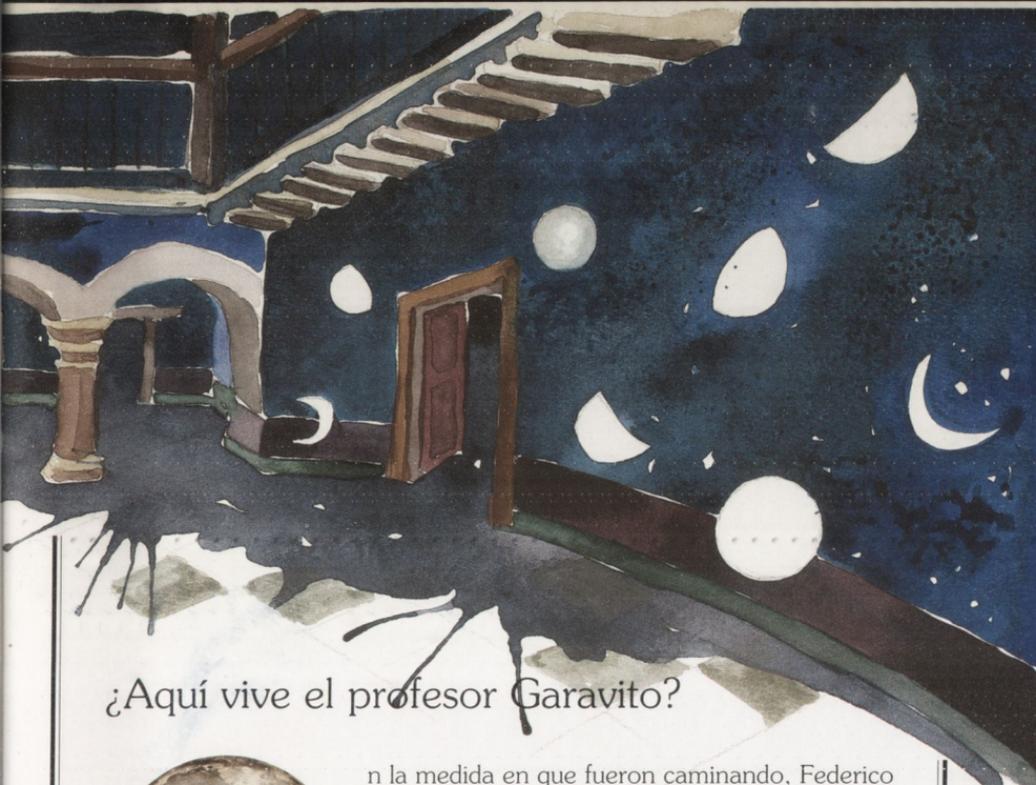
—Bueno, bueno. Está bien —se resignó el papá, al que ya le había empezado a doler la rabadilla—. Empecemos por el principio.

—Muy bien —dijo nuestro amigo del billete—. Todo comenzó, como ya lo saben ustedes, el 5 de enero de 1865, aquí en Bogotá.

—Déjeme ayudarlo, profesor —interrumpió entusiasmado Germán—. Yo puedo contarles la historia de don Hermógenes Garavito y doña Dolores Armero de Garavito.

—Por favor, señor —protestó el papá—. ¿No le parece pertinente que sea el mismo protagonista quien nos cuente su historia? No hagamos más interrupciones, por favor.

—Germán: llévenos al lugar de los acontecimientos —aconsejó la memoria del profesor Garavito.



¿Aquí vive el profesor Garavito?



n la medida en que fueron caminando, Federico y su papá se enteraron de los sucesos principales de la infancia de don Julio. El hombre del billete les contó que el progenitor del pequeño Julio había sido un hombre de gran entrega y dedicación por el trabajo, pero que no había podido brindarle a su hijo una buena enseñanza de primeras letras en colegios y escuelas. Pero no

hay mal que por bien no venga. El niño había contado con la formación que su madre le dio a lo largo de todos sus primeros años. Era evidente, desde el principio, que a Julio le gustaban mucho más los cálculos y las curiosidades matemáticas, antes que las lecturas amenas o los juegos propios de los muchachos de su edad. Federico miraba al hombre del billete mientras caminaban. Le parecía curioso que alguien, casi que a su misma edad, se entusiasmara con los números y no con los muñecos, pero así eran las cosas de la vida. Doña Dolores de Garavito supo enseñarle con cariño y paciencia los secretos de las ciencias exactas y obtuvo inmediata respuesta de su entusiasta hijo, quien empezó a interesarse por la

geometría hasta que, a la edad de once años, calculó las efemérides de la Luna e hizo su primer almanaque. Al mismo tiempo, la memoria del profesor Garavito confesaba con orgullo que, en sus primeros años, él mismo se imponía complicados problemas en las difíciles cuestiones de la geometría y los resolvía. El papá de Federico pidió más explicaciones al respecto, pues a él, cuando le hablaban de ciencia, era como si le hablaran de culinaria: no entendía ni papa. El paciente habitante del billete de veinte mil pesos iba a continuar con su discurso, pero debió interrumpirlo, porque Germán los estaba introduciendo en el lugar requerido por la memoria de don Julio. Habían llegado a la puerta de la casa natal. Una fachada silenciosa y sin recuerdos posibles que, de seguro, alborotó la mente de la recuperada memoria.

—¡Yo conozco este sitio! —gritó entusiasmado el papá de Federico—. Estamos en la carrera tercera, entre calles doce y trece. Pero... esta casa ya no existe. Mejor dicho, no existirá a finales de nuestro siglo.

El paisaje del profesor Garavito se hizo entonces mucho más palpable. Federico observó la casa natal en silencio. Los restos de una vela, una mesa de madera rudimentaria, una biblioteca con textos forrados en cuero, las ventanas cerradas, el frío y el silencio de lo que nunca se ha vivido. “No había luz eléctrica”, pensó Federico. “¡Pobre profesor Garavito! Debió ser muy difícil para él”. El papá de Federico también caminaba con cautela, en medio de aquel mundo que, en apariencia, no le pertenecía. “Nadie me va a creer lo que estoy viviendo”, pensó. “¡Qué lástima que no traje conmigo mi cuaderno de notas! Espero que el amnésico no vaya a ser yo cuando regrese a Londres”.

Federico, que seguía sosteniendo el billete, lo colocó encima de una mesa. La memoria del profesor Garavito se había entusiasmado y comenzaba a relatar, en detalle, las razones por las cuales había llegado a sus reflexiones científicas infantiles. Federico decidió interrumpirlo.

—Lo siento, profesor —dijo—. Pero me parece que usted no ha sido claro. ¿Cómo así que a usted no le gustaba jugar? ¿Usted prefería pasar el tiempo mirando la Luna, antes que divertirse?

—Federico... —iba a empezar a regañar el papá.

—Entiéndeme, Federico —continuó explicando la memoria del profesor Garavito—. Para mí la ciencia ha sido una fuente de inmenso placer, tan grande como cualquier otra diversión en la vida. Están

equivocados quienes piensan que las aventuras del pensamiento tienen que ser obligaciones aburridas. Yo gozaba desde muy niño, de la misma manera que tú gozas con tus dinosaurios. Eran, por llamarlos de alguna forma, mis propios juguetes. Lo más interesante que le puede suceder a un joven, es poder responder las preguntas que uno mismo se formula.

—Por eso estamos aquí —aceptó Federico.

—Exacto —dijo la Memoria—. Pero, si quieren, no los molesto más con este recorrido un tanto incómodo para los que no lo han vivido.

—Al contrario — insistió el papá—, me parece que ahora, más que nunca, nos vamos a divertir muchísimo con todo lo que usted nos relate.

—Les tengo entonces una sorpresa.

Pero la sorpresa no la dio la Memoria, sino los acontecimientos: Germán, sin darles ninguna explicación, había desaparecido.

—¿Por qué se fue? —preguntó Federico.

—No lo sé —dijo el papá, temblando de la preocupación—. Lo mejor es que nos vayamos pronto de aquí. Uno nunca sabe.

—Por eso les había advertido que no metieran a nadie de esta época en nuestro asunto —refunfuñó el señor del billete.

—No podemos negar que Germán nos ha ayudado bastante —aclaró Federico.

—Sí. Pero también nos puede meter en problemas —dijo la memoria del profesor Garavito.

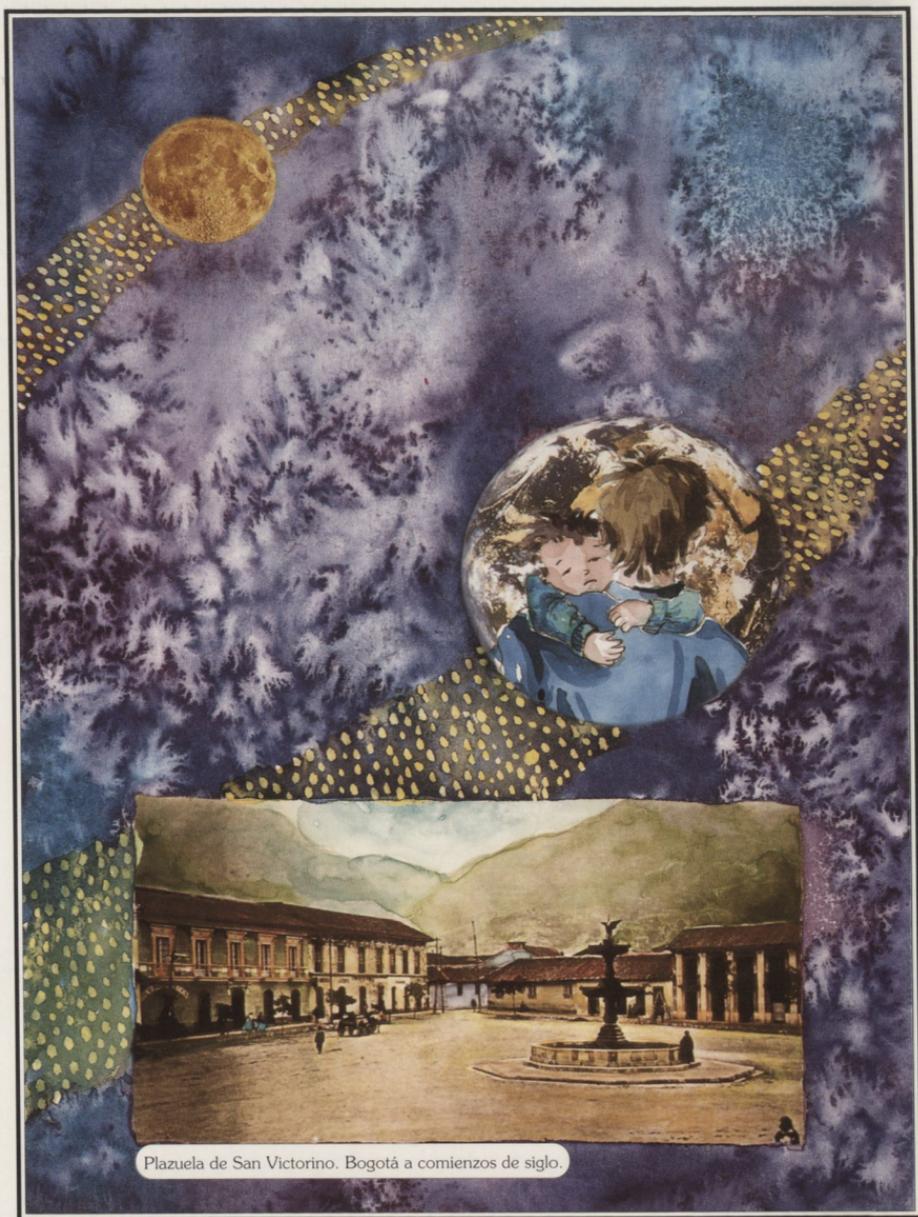
Y estaba en lo cierto. Apenas Federico y el papá se disponían a alcanzar la puerta de salida, tres policías les cerraron el paso.

—Alto —dijo un policía, con voz de policía.

Federico se asustó tanto, que se puso a llorar. Gritó, aulló y pataleó, sin que hubiese poder humano que lo calmara. El papá lo puso contra su pecho y le dio palmaditas de consuelo, mientras los agentes del orden miraban la escena con desconcierto. Era evidente que no se encontraban frente a los más peligrosos delincuentes.

Pero se los llevaron, por sospechosos.

Salieron a la calle en medio de la congestión de los curiosos. El papá cargaba a Federico quien iba prendido a su cuello. El padre estaba mucho



Plazuela de San Victorino. Bogotá a comienzos de siglo.

más asustado que su hijo, pero no podía demostrarlo. Trató de mantener al máximo la compostura y de distraerse viendo las caras desconcertadas de sus coterráneos del pasado. Eran campesinos tristes, mezclados con señores de rigurosa elegancia, bigotes solemnes y falsa indiferencia. Las mujeres cuchicheaban entre ellas con cierta risita impertinente, y eso le produjo al papá de Federico ganas de sacarles la lengua con furia.

—No les diga nada —recomendó la voz de la Memoria—. Ellos mismos se darán cuenta del error. Por lo pronto, traten de disfrutar el mediodía y recuerden que en cinco horas treinta y siete minutos estaremos de regreso.

Federico prefería sollozar y no pararle más bolas a la Memoria la cual, a decir verdad, ya lo tenía hasta la coronilla. Le hizo trencitas en el pelo a su papá, hasta que se dio cuenta de que su tutor estaba temblando.

—Fresco, papi —dijo Federico, no tan fresco—. Fresco que usted está conmigo.

Llegaron a un edificio de dos plantas, a cuya puerta principal se entra por unas escaleras empinadas. Las palomas revoloteaban alrededor de los caminantes y parecían no darse cuenta de que los seres humanos habitaban junto a ellas. El papá de Federico pensó: “¡Cielos! Es la primera vez que voy a estar en prisión. Con mi propio hijo y sin la posibilidad de llamar a mi esposa. ¿Quién va a sacarnos entonces de este atolladero?”.

Los tres policías se dirigieron a un escritorio distante y hablaron con un superior mal encarado. El aire olía a desperdicios y Federico cerró los ojos para no tener que ver lo que le rodeaba. Prefería las estrellitas que aparecían en su propia oscuridad. Los agentes manotearon distintas explicaciones y el superior anotó, mordiéndose la lengua, todo lo que sus subalternos le dictaron. Minutos después, llamaron al papá y a Federico y los encerraron en un cuarto sin decoración ni muebles.

Les cerraron la puerta. Federico miró a su papá y ambos aprobaron la idea: sacaron el billete. Pero la memoria del profesor Garavito no tenía nada que decir. Y no quisieron insistirle.

—¿Cuánto tiempo nos van a tener aquí? —preguntó Federico.

—No lo sé —respondió el papá—. Lo que yo quisiera saber es si de este sitio podemos escaparnos a Londres. O tendremos que buscar una pista especial de lanzamiento.

Y, de verdad, estaba impaciente. La memoria del profesor Garavito carraspeó un par de veces y le dio una respuesta contundente.

—El único punto de partida, es el punto de llegada —dictaminó con absoluto conocimiento de causa—. Lo demás, son especulaciones.

—O sea que... estamos fritos —aulló el papá—. Sólo falta que nos lleven al cadalso, a la guillotina, ¡al garrote vill!

—Por favor, papá. No hemos hecho nada —y ahora Federico era el de la voz sensata.

El papá iba a seguir con su enumeración de altares para el sacrificio, pero un timbre sonoro en la distancia, les devolvió la esperanza. No cabía ninguna duda. Era Germán que había regresado y daba las explicaciones pertinentes. Federico y su padre se pegaron a la puerta y siguieron con atención el runrún del cuarto contiguo, pero ninguna palabra les fue clara. No tuvieron tiempo de pensar demasiado. Cinco minutos después, se abrió el cerrojo y uno de los policías invitó a Germán a que pasara a hacerles compañía. Tras él, cerró la puerta.

—No se preocupen —dijo Germán—. De aquí salimos pronto.

—¿Usted fue el que llamó a la policía? —preguntó Federico asustado. Germán sonrió con ganas.

—Por favor, Federico. ¿Te parece que yo iba a ser capaz de una cosa así? Además, me muero por saber en qué termina toda esta historia.

—Entonces, ¿por qué se fue? —preguntó el papá.

—Y quién llamó a la policía —insistió Federico.

Germán se abrió en silencio su chaqueta y, de uno de los bolsillos interiores, extrajo un libro.

—Quería mostrarles algo.

El libro era una reseña histórica del Colegio Mayor de San Bartolomé de Bogotá. El papá de Federico conocía muy bien aquel claustro y sabía que estaba en una esquina de lo que él llamaba la calle décima, a unas cuantas cuadras del Teatro de Cristóbal Colón.

—Aquí estudió el bachillerato el joven Julio —explicó—. Recibió su diploma de Bachiller en Filosofía y Letras, en 1884.



Julio Garavito  
Óleo por Francisco  
Antonio Cano



Colegio Mayor de San Bartolomé, en Bogotá.

El papá de Federico hizo cuentas: nació en el año 65 y se graduó en el 84. Diecinueve años. No le cuadraban los cálculos. Pero se quedó callado. Seguro más adelante entendería. En ese momento, Germán se ponía entusiasta y evocativo. Comenzó a meterse en los vericuetos del pasado de don Julio, pero Federico no lo dejó. Lo zarandeó del pantalón y le siguió preguntando.

—¿Pero por qué te fuiste? —insistió—. Por culpa tuya estamos presos, ¿verdad?

Germán trató de ser lo más explícito posible:

—Mira, Federico: yo no he sido la persona que llamó a la policía. Los vecinos de la zona al ver a esta parejita disfrazada con semejantes fachas, fueron los que decidieron ir en busca de las autoridades. Así, son las cosas en Bogotá, eso no depende de mí. Ahora bien, si quieren saber por qué me he ido, debo explicarles también por qué he regresado. Desde el primer momento en que me encontré a este niño tirado en un andén, tuve el presentimiento de que estaba ante un hecho fuera de lo común. Y así lo ha sido. Para colmo de males, yo, Germán Pinzón, soy la persona indicada para hablar de don Julio Garavito, porque lo conozco casi tan bien como el señor que dice ser su memoria y que está impreso en el billete que ustedes insisten en mirar bajo los rayos del Sol. Si no van a llevarme a conocer las luces del futuro, por lo menos, permítanme compartir con ustedes la neblina del pasado. Les aseguro que seré un excelente guía. Y, para ello, les he traído este libro con la historia reciente del Colegio Mayor de San Bartolomé.

Federico y su papá guardaron silencio. Si bien Germán había hablado mucho, en realidad no había dicho gran cosa. Lo dejaron seguir con su explicación, porque no tenían otra actividad para desarrollar en aquel cuartucho desvencijado y, por otra parte, necesitaban de un experto cicerone por los caminos del pasado. Así que se plegaron a su ritmo y escucharon sus evocaciones.

—El joven Garavito —explicó Germán—, sorprendió a sus profesores con su espíritu investigador y su obsesiva pasión por todo tipo de reflexiones científicas.

—Cada vez sé más y cada vez entiendo menos —dijo Federico—. Me estoy aburriendo.

Germán trató de no prestarle mucha atención y de seducirlo más bien con su relato.

—Garavito, como les dije, se graduó en 1884 y continuó por su cuenta con sus investigaciones, puesto que la revuelta armada que azotó al país en aquella época le impidió continuar con sus estudios. Finalmente, ingresó en la Facultad de Matemáticas e Ingeniería, en donde, a pesar de tener que trabajar en otras actividades para poder ganarse el pan de cada día, se convirtió en el alumno más destacado de su generación, aun careciendo de los libros de texto necesarios para la profundización de sus conocimientos. Era tal su erudición que mereció ser nombrado profesor de sus propios condiscípulos, en materias tan complicadas como el cálculo infinitesimal y la astronomía.

—¿El cálculo qué? —preguntó Federico aterrado.

—Por favor, Federico, no interrumpas —reprochó el padre—. Don Germán va a perder el hilo.

—Yo quiero saber qué es el cálculo infinito, o como se llame. ¿Me puedes decir tú?

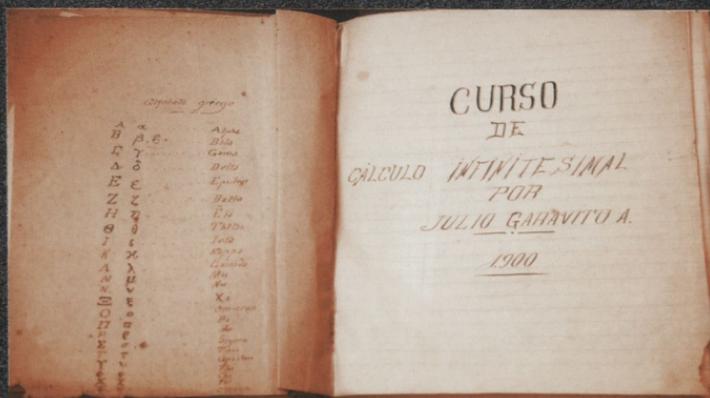
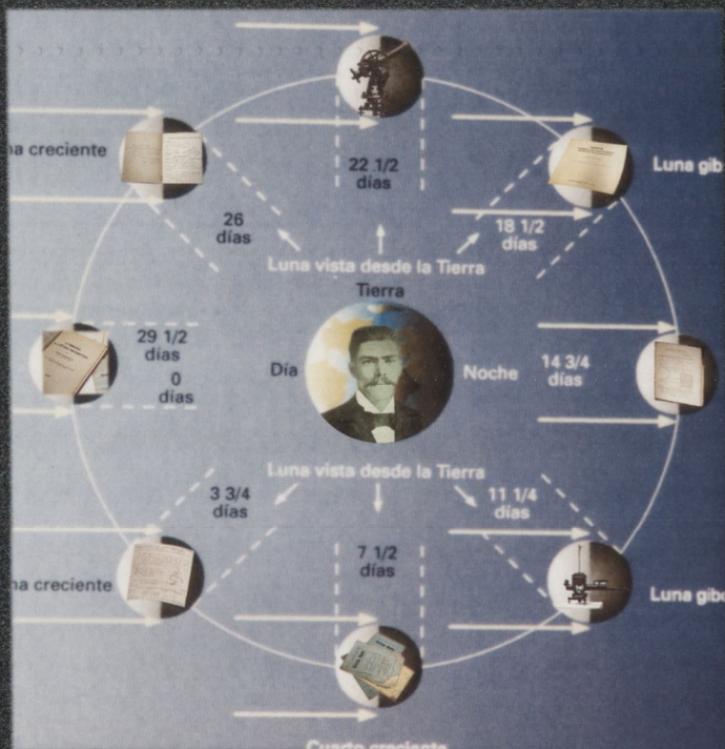
El papá de Federico estaba otra vez contra la pared.

—Eh... Después te explico.

Germán había continuado. Del interior del libro con la historia del Colegio Mayor de San Bartolomé, sacó un par de folletos y se los mostró con entusiasmo a sus nuevos amigos. Eran antiguas publicaciones de la universidad del profesor Garavito.

—Los catedráticos de la Facultad —seguía diciendo —y los más eminentes ingenieros de la época se hicieron amigos del joven estudiante, lo admiraban e iban a consultarle, aún antes de haber recibido su grado de ingeniero en 1891. Don Julio sabía siempre mucho más que sus profesores y a todos desconcertó con lo variado de sus conocimientos. En matemáticas puras, en geometría, en astronomía, en economía. Pero esos conocimientos no eran superficiales, sino de una profundidad desconcertante, capaces de refutar o complementar hasta los más complejos tratados de especialistas.

Federico hizo pucheros, pues no le gustaba que le cambiaran de tema. Se cruzó de brazos e iba a empezar a refunfuñar, cuando un ruido les hizo girar la cabeza a todos. La puerta se abrió de nuevo y los tres policías los



miraron con cara de malas pulgas. Hicieron una pausa que pareció eterna hasta que uno de ellos explicó.

—Ustedes dos están libres —y señaló a Germán y al niño.

El papá de Federico se puso verde del susto.

—¿Y yo? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—Usted se queda. Creo que le va a tocar pasar un par de noches en el Panóptico.

El papá de Federico se desvaneció. Se iba a poner a llorar como su hijo lo hace en sus peores momentos, pero Germán, siempre oportuno, se puso de pie y habló aparte con los policías. Quince minutos después regresó, medio preocupado y miró a sus amigos en silencio. Los policías se habían retirado, pero habían dejado la puerta abierta.

—¿Entonces? —preguntaron a dúo Federico y su papá.

—Necesito el billete —dijo Germán.

La mezmora del profesor lanzó un “no!” desde las profundidades del papel moneda.

—Se lo van a llevar a usted a la cárcel por escándalo en la vía pública —dijo Germán, refiriéndose a la facha del papá—. La única forma que tuve para convencerlos fue decirles que les iba a pagar una multa.

—¡Pero no podemos entregarles al profesor Garavito! —dijo Federico.

—Además, ese billete no tiene ningún valor en esta época —sollozó el papá.

—¡Y yo tengo una misión muy importante que cumplir en 1998! —gritó la Memoria.

—No nos queda más remedio —dijo Germán muy preocupado.

El papá de Federico comenzó a caminar desesperado a lo largo de la habitación. Desde niño le había tenido terror a la idea de verse encerrado en una prisión, rodeado de hombres peligrosos. El hecho de estar entre presos de otra época era la peor pesadilla que le podía ocurrir. Además, lo más grave, era abandonar a Federico en manos del destino. Eso no lo podía soportar. Le pareció inhumana la frialdad de los policías, pero era incapaz de negociar. Por fortuna, Germán siempre tenía un as bajo la manga.

—Aunque... déjeme ver. No estamos tan perdidos.

—¿A qué se refiere? —preguntó el padre de Federico.

—Eso que tiene en su muñeca... ¿es un reloj?

El papá de Federico se aferró a su queridísimo reloj de pulso, heredado de su abuelo.

—Ah, no. Mi reloj no.

—Se trata de escoger, señor —insistió Germán—. O su reloj, o el billete de don Julio.

—¡El billete! —dijo el papá.

—El reloj! —dijeron a dúo Federico y la Memoria.

No había más remedio. Había que sacrificar su adorado tesoro, en aras de recuperar la libertad. El papá de Federico se quitó el reloj, pensando en la figura de su abuelo.

—Espero volver a verlo algún día —dijo, despidiéndose.

Germán salió con el reloj y una hora después eran libres. La memoria del profesor Garavito estaba radiante, mientras que el papá de Federico había decidido no volver a hablar.

—Entiéndame, por favor. Era lo único que podíamos hacer —explicaba Germán.

—Me quiero ir para mi casa —dijo el papá.

Nadie volvió a decir nada. Caminaron sin rumbo, atravesaron calles donde se destacaban tiendas y tenderetes, carnicerías, ventas de vegetales de toda índole, casas de paredes blancas y silenciosas. Germán le dio un par de palmadas en el hombro al papá. Lo detuvo frente a una puerta oscura y lo invitó a entrar, tomando de la mano a Federico. Allí, en el interior, pidió dos tragos de aguardiente y un jugo para el niño. Minutos después, todos habían recuperado las fuerzas. Se sentaron a una mesa, en el rincón oscuro de la tienda de abarrotes y allí continuaron la conversación. El papá de Federico se veía con nueva vida. El licor lo había relajado y tenía ganas de seguir escuchando la historia de Garavito.

—Están seguros de que no quieren almorzar? —preguntó Germán.



Manuscrito de Julio Garavito.

Observatorio Astronómico de Bogotá.

Abstracción de la Luna en relación  
a la Tierra.

Desarrollo y aplicación de las nociones de Hill-Norton  
 respecto a simplificación por H. Poincaré en su caso de  
 Mecánica Celeste y sus notas referentes a la aplicación  
 del método de los elementos por J. Garavito.

1912

1. Sean  $a, b, c$  un sistema conservado fijo en  
 el espacio y sean los tres cuerpos A la Tierra de masa  $m_1, m_2, m_3$   
 y de coordenadas  $x_1, y_1, z_1$ ; B el Sol de masa  $M_1 = M_2$  y coordi-  
 nadas  $x_2, y_2, z_2$ ; y C la Luna de masa  $m_4 = m_5$  y de coordi-  
 nadas  $x_3, y_3, z_3$ .

Proponemos para simplificar a  $13L, 6, 16, 2 = 10$   
 el movimiento absoluto de estos tres cuerpos como  
 un movimiento relativo definido por los 7 cuerpos

No era mala idea. Federico y el papá devoraron sendos platos de papa criolla, arroz, chatas y verduras. Se sintieron muy a gusto y mientras terminaban los alimentos, decidieron hablar de temas mundanos, de contarse chistes, anécdotas de una y otra época, hasta que Germán los llamó al orden.

—Muy bien. Si queremos continuar con la historia del profesor, lo mejor es que vayamos a la Escuela de Ingeniería, donde el profesor se graduó, en 1891.

A Federico le pareció buena la idea, pero le preocupó que algo estaba fallando en toda esta historia. ¿Cómo así que Germán se rehusaba a explicar sus orígenes? ¿Por qué razón la memoria del profesor le había delegado a Germán todo el relato de su vida? ¿Por qué se tenían que quedar tanto tiempo en Bogotá? Sí, era cierto que estaban allí por culpa de su curiosidad, pero, ya metidos en el cuento, le parecía prudente que todas las dudas se aclarasen, porque, de lo contrario, nunca iban a regresar al tiempo correcto. Se acordó de las historias que le contaban en el jardín de infantes, en Londres, y le dio cierta nostalgia de su vida despistada en la capital inglesa.

Pero las cosas cambiaron cuando llegaron a la Escuela de Ingeniería.

“Calle décima, carreras cuarta y quinta”, pensó el papá, obsesionado con la nomenclatura. “Es increíble: Bogotá ya no existe”.

En ese momento Federico sintió que había valido la pena “pegarse” semejante viaje hacia el pasado. Le gustaba ese sitio y nadie se explicaba por qué. Le agradaba, como si estuviese en un parque de atracciones. La memoria del profesor lo sintió desde un principio y comenzó a contarle cosas de su pasado, para que no se bajara de la nube en la que ya estaba subido. El papá de Federico también se sintió muy a gusto y escuchó sin interrumpir el contrapunteo narrativo entre Germán y el hombre del billete.

Por ellos, se enteraron de que don Julio se había quedado en la Facultad de Matemáticas y de ingeniería, como profesor de cálculo infinitesimal, de mecánica racional y de astronomía, actividades a las que se dedicó hasta su muerte. Federico no quiso volver a preguntar qué diablos era el cálculo ése que tanto nombraban, pero, poco a poco, se fue inventando una idea de su significado. Además, citaron una palabra que a él siempre lo remitía a espadas, soldados y disparos, temas que eran de su atracción: comenzaron a hablar de la guerra.

—En Colombia ha habido una guerra que se llamó “de los Mil Días” y que causó muchísimos estragos entre nuestros compatriotas —explicó Germán—. El profesor Garavito estaba espantado.

—¿No le gustaban las guerras? —preguntó Federico desconcertado.

—Federico: a nadie le gustan las guerras.

—A mí sí me gustan —dijo sin problemas.

—Te gustan las guerras de mentiras —dijo Germán—. Las de los soldados de plomo y las espadas de palo. Las de verdad son muy distintas: son dolorosas y terribles. Así lo sintió desde un principio el profesor Garavito. Por eso, estimuló un grupo de estudio durante las épocas de mayor efervescencia bélica. En 1902, él mismo organizó un instituto privado para satisfacer las necesidades de los jóvenes que no querían pelear sino estudiar. ¿Y quieren que les diga qué materias se enseñaban?

—¡Cálculo infinitesimal! —gritó Federico, con conocimiento de causa.

—Sí, cálculo infinitesimal y mecánica racional, astronomía y geodesia. Así como matemáticas elementales, construcciones civiles, topografía, vías de comunicación, geometría analítica y descriptiva y álgebra y geometría superiores, y...

—...y no más —interrumpió el papá de Federico—. No nos confundas, que apenas ahora estamos empezando a entender.

—¡Me imagino que llegó a tener mucho dinero! —afirmó Federico, como si estuviera ensayando los diálogos de una película.

—Al contrario —reconoció Germán—. El mismo don Julio contaba una anécdota en la que narraba su triste destino con los negocios. Resulta que montó una oficina de ingenieros, en compañía de sus colegas Alberto Borda y Pedro María Silva. Poco duró la empresa, que se convirtió más bien en el pretexto para organizar tertulias y frecuentar amistades. El profesor Garavito aseguraba que el fracaso comercial se debía a la poca seriedad del nombre de la firma: Garavito Borda y Silva.

El papá de Federico se rió por un instante, pero luego tuvo que interrumpir sus carcajadas para explicarle el chiste a su hijo. La Escuela de Ingeniería les iluminó los recuerdos tanto a Germán como al papá. El primero contó que don Julio había estudiado allí de 1887 a 1891, el año en que fue nombrado profesor. Dos años después se había casado con la

señorita María Luisa Cadena, “joven bellísima y espiritual”, según se repetía por todas partes, quien lo acompañó a lo largo de su vida, hasta que falleció, en 1917. Por su parte, el papá de Federico le insistió a su hijo que en ese mismo edificio iba a haber un museo de las armas del ejército de Colombia. El niño no quiso creerle y decidieron hacer una apuesta para cuando regresaran al anhelado futuro.

—¡Suficiente! —gritó la memoria del profesor Garavito, rompiendo su prolongado silencio—. Me parece que estamos perdiendo tiempo en datos menores. El sitio que tenemos que visitar es el Observatorio Astronómico. Allí fui director durante 27 años, y por eso gran parte de mi obra está constituida por los trabajos sobre Astronomía. Y eso que no les he contado de la dirección de la revista *Anales de Ingeniería*, ni de la Presidencia de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, ni...

—Eso le pasa por quedarse callado, profesor —dijo Federico—. Usted es el que tiene que hablar sobre su vida. No este señor que ni siquiera conoció.

Germán lo miró con un poco de rabia.

—A mí me encanta la Escuela de Ingeniería, profesor —dijo el papá de Federico.

—¿Será que aquí te enseñan a manejar el computador? —preguntó Federico, haciéndose el ingenuo.

El papá no alcanzó a contestarle con un grito, porque se le adelantó la Memoria.

—Vamos pronto al Observatorio Astronómico. Se nos está haciendo tarde.



## Los observadores del Observatorio



alieron de nuevo a la calle y un Sol inesperado los recibió en el umbral de la Escuela de Ingeniería. Germán los guió con cierta prisa. Pasaron frente al Palacio de San Carlos (según señaló el papá, entusiasmado), y el mismo Germán anotó, atravesando la fachada del Teatro de Cristóbal Colón, que al profesor Garavito le encantaban las artes escénicas, pero siempre esperaba a que las luces se apagaran para entrar, pues le tenía terror a que el resto de los espectadores lo señalara con el dedo.

—Por favor, Germán —insistió la Memoria—. Cada minuto que pasa puede ser fatal.

Doblaron el paso. Atravesaron la plaza de Bolívar, le dieron la vuelta al Capitolio Nacional y llegaron a la serena sobriedad del Observatorio Astronómico. Una reja les impedía el paso. Desde allí, sin embargo, podían observar la construcción, cerrada en la cúspide por una cúpula semiesférica, vigilante de los cielos. Un reloj, un poco más abajo, anunciaba la hora exacta: dos y catorce minutos de la tarde. Federico trató de abrir la verja, pero Germán se lo impidió.

—Cuidado —le dijo—. Allá viene el doctor Jorge Álvarez Lleras.

Se hicieron a un lado. Un hombre salió de las oficinas del observatorio. Les dio una ligera mirada, sin demasiada curiosidad y se alejó en dirección a las montañas.

—Es mi querido Jorge Álvarez, mi discípulo —susurró la memoria—. Él ha recopilado mi obra y escrito mis datos biográficos. Sin él, yo no sería nadie.

—Debería hablarle —dijo el papá de Federico—. El es la persona que usted necesita.

—Prefiero no hacerlo —respondió la Memoria—. Sería demasiado. Su cabeza está ocupada en otras cosas más importantes.

—¿Podemos entrar a ver las estrellas? —preguntó Federico impaciente.

Un vigilante muy amable les permitió seguir, “pero sólo por unos cuantos minutos”. Atravesaron el jardín central, florecido, acariciado por el viento que movía los árboles. Germán, el papá de Federico y el niño cruzaron el caminito que los separaba de la torre del Observatorio y escucharon, como si fuese una grabación, la voz de la memoria del profesor Garavito. El cielo se había oscurecido de repente y gruesos nubarrones anunciaban el regreso de la lluvia.

—Mi principal preocupación en este sitio —explicaba la Memoria, sin darse cuenta si la estaban escuchando o no —era poder obtener el mapa geográfico de la República de Colombia. Como no tenemos recursos, no se podía pensar en elaborar una red geodésica y, por ello, me inventé un procedimiento que reemplazara los vértices geodésicos por los vértices astronómicos, de acuerdo con las coordenadas geográficas de las ciudades y poblaciones importantes de nuestra patria.

El padre de Federico era el más interesado en la narración del profesor. Había tomado el billete y lo escuchaba, como si estuviera leyendo la

guía ilustrada de un museo. Federico, por su parte, curioseaba en el salón central, bajo el busto del sabio Francisco José de Caldas, mirando con cierta extrañeza los libros de la biblioteca. Germán lo seguía en silencio, sonriendo con cierta satisfacción. En el interior del Observatorio, había distintos globos terráqueos, mapas del continente americano, retratos y placas que homenajearon a hombres de ciencias, tales como José Celestino Mutis, Alejandro Humboldt y Aimé Bonpland. Las ventanas permanecían cerradas y protegidas por portezuelas de madera. Pero lo que más le llamó la atención a Federico fueron los anteojos de pasos, la instalación radioreceptora de las señales horarias y los distintos lentes y pequeños objetos que enmarcaban el escritorio principal.

Federico observó por un orificio que daba a la calle. Desde allí veía un pedacito de cielo gris, los caballos y los hombres de sacos y sombreros negros y, entre ellos, se destacaba el tal Jorge Álvarez Lleras, quien parecía regresar al Observatorio por culpa de las primeras gotas inclementes del aguacero. Federico permaneció en silencio.

—A la gente del común le parecerán inútiles esta clase de investigaciones —continuó el profesor en el billete—. Recuerdo que un amigo me preguntó un día para qué diablos le iba a interesar la Vía Láctea, si él vivía preocupado por mantener llena su despensa. Sin embargo, si no tenemos claras las coordenadas celestes, le expliqué, no le sería posible a los barcos llegar a buen puerto con la comida necesaria para todos los habitantes de nuestras tierras. Así mismo, para poder calcular los puentes, edificios o cualquier estructura de la construcción, hay que tener presente la intensidad de la gravitación, así como los patrones de medidas. Sin tablas astronómicas absolutamente precisas, no se podrían establecer los límites exactos entre las naciones. Y así, sucesivamente.

—O sea que las reflexiones matemáticas no son tan abstractas como parecen —argumentó el papá de Federico, ahora sí sumergido en el cuento.

—Para nada —respondió entusiasmado el señor Memoria—. Cada paso que damos en este mundo está soportado sobre la base de una reflexión científica. Sin el apoyo diario de las ciencias, el hombre continuaría siendo un salvaje. Piensen, sólo por poner un ejemplo, en el alumbrado público. No se trata de saber cuándo se enciende o se apaga, sino de conocer el mecanismo exacto para poder generarlo. De lo contrario, viviríamos todavía en las tinieblas de la noche.

Se oyeron unas voces, el sonido de unas llaves, y unos pasos que se acercaban. Germán y el papá se miraron inquietos.

—¡Regresó! —advirtió Federico.

—Por favor, ¡que nos los vaya a ver Jorge Álvarez! —suplicó la Memoria.

Los tres se escondieron rápidamente detrás de una puerta. Permanecieron allí en silencio, tan sólo escuchando la respiración agitada y nerviosa de la memoria del profesor Garavito. En esos momentos, era el único que se preocupaba por no ser descubierto.

Desde la rendija de la puerta, vieron entrar al profesor Álvarez Lleras. Tan pronto hubo cruzado al interior del salón central, el papá, el niño y Germán salieron corriendo tan rápido como les dieron sus piernas.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! —gritó el profesor Álvarez Lleras.

Pero no le dieron tiempo a que llegara nadie. Los impertinentes observadores del Observatorio habían huido sin dejar el más mínimo rastro.

José Celestino Mutis

Alexander von Humboldt





## El lado oculto de la Luna

ahora sí que estaba lloviendo! Rayos dibujados en el cielo, relámpagos como de luz neón, truenos furiosos, charcos entre las piedras, hombres y mujeres en fuga, perros constipados y caballos sin ganas de trotar. Federico, su padre y Germán chapoteaban en medio del agua que caía del cielo, corriendo hacia ningún lado, buscando la forma de llegar a buen puerto. Pero Bogotá no parecía ofrecer ningún refugio a los turistas que venían del futuro. El papá de Federico escondió con suficiente prudencia el billete de veinte mil pesos, de tal manera que las lluvias del pasado no fuesen a estropear el papel moneda. Así, corrieron sin ningún sentido, hasta que las arbitrariedades del chubasco los condujo a las puertas mismas del Teatro de Colón.

Nadie se interpuso entre ellos. Atravesaron la entrada principal y subieron, chorreando agua desde los mismos huesos, hasta los sillones galantes del foyer. Allí se acomodaron y no pensaban pedirle permiso a nadie, hasta tanto la lluvia no decidiese desaparecer. Estaban helados. Federico tiritaba de la tristeza y evitó llorar, puesto que sus lágrimas no iban a tener ningún efecto, frente a la contundencia de las gotas que caían de su cabeza. Su papá hacía ratos que cavilaba cálculos infinitesimales y parecía no darse cuenta del drama que los circundaba. Germán se aseguró de que su reloj de leontina siguiese funcionando con los rigores habituales, y el hombre del billete permanecía en su sitio. Pasaron varios minutos de silencio, hasta que la memoria del profesor se impacientó. Ya era hora de buscar alguna actividad, en medio de tanta resignación.

—¿Vamos a seguir así toda la tarde? —preguntó.

—¿Se le ocurre algo más interesante? —respondió con otro interrogante el papá.

—Sí —dijo la memoria—. Me encantaría hablarles del Círculo de los Nueve Puntos.

—¡Eureka! —gritó Germán, asustando a sus compañeros.

—¿Qué le pasa? —preguntó Federico, mientras tiritaba.

—Yo sé a qué se refiere la memoria del profesor —contestó Germán, sin parar de reírse.

Y, como por encanto, de uno de sus bolsillos, sacó un par de publicaciones en cuadernillo, donde se destacaban dos nombres en el encabezamiento: JULIO GARAVITO.

—Es evidente que con una anéctoda tan simple, no vamos a llegar a entender la obra de un maestro. Es como tratar de explicar una playa, tomando como ejemplo un grano de arena. Pero, a veces, este género de historias nos ayudan a aclarar algo la oscuridad de estos asuntos. Utilicemos entonces los juegos del profesor. ¿Les molesta si les hablo sobre el tema?

—¡Al contrario! —dijo la Memoria—. Me encantaría conocer su versión.

—¡Muy bien! —carraspeó Germán—. Fue durante la guerra de los tres años, cuando nació una de las asociaciones más extrañas y originales de que se tenga noticia: se llamaba, como decía el profesor, el Círculo de los Nueve Puntos.

—Me imagino que está leyendo —interrumpió la Memoria, desde las manos temblorosas del papá de Federico—. Es imposible que usted se sepa bien la historia.

—No. No me lo sé bien —respondió Germán—. Además, no voy a entrar en detalles. Sólo voy a echarles el cuento. Resulta que a unos pocos aficionados a las matemáticas les dio por organizar un grupo misterioso alrededor del profesor Garavito.

—¡Jo, jo, jo, jo! —se rió la Memoria, como si fuese Santa Claus.

—La sociedad se llamaba el Círculo de los Nueve Puntos, en homenaje al matemático Euler, por el teorema que lleva su nombre. Los miembros del Círculo se llamaban “puntos” y no podían ser más que nueve porque son nueve los puntos cíclicos relacionados con el triángulo de Euler, ni podían ser menos de tres, porque tres puntos no situados en línea recta determinan un círculo en posición y magnitud. Esto quiere decir, mis queridos amigos, ¡que si había tres personas en la reunión, era posible establecer el quórum!

—¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! ¡ju, ju, ju! —reía a borbotones la memoria.

—Papá —susurró Federico—. Este par se está enloqueciendo.

—No, no estoy loco —aclaró entusiasmado Germán—. Quiero tan sólo explicarles cómo un grupo de amigos se pueden reunir todas las tardes, alrededor de sendas tazas de café, para hablar de geometría del espacio y llegar a conclusiones como la del profesor Garavito, quien estableció un teorema original denominado “la esfera de 24 puntos sobre un tetraedro de referencia”.

—¡Cáspita! —dijo el papá de Federico, por decir algo.

—Los miembros del famoso Círculo, si mis cálculos no me fallan, fueron Julio, Justino y Fernando Garavito, Delio Cifuentes, Pedro de Francisco, Pedro M. Silva, Santiago Cortés, Ricardo Lleras, Víctor E. Caro y Luis José Fonseca. Aunque no podría jurar la exactitud de estos nombres.

—Pero, ¿cómo hizo para averiguar todo esto? —preguntó la Memoria.

—Papá, estoy aburrido —dijo Federico.

Germán quería continuar evidenciando sus conocimientos, con las curiosas teorías del Círculo, “porque ellos inventaron reflexiones sobre filosofía, inspirados en la matemática, con nombres tales como **Los**



**extraedros, La sinusoide de la vida humana, La transformación asintótica**, pero la voz marcial de uno de los acomodadores del teatro lo devolvió a la Tierra.

—¡Señores! ¡Qué están haciendo aquí!

“No puede ser”, pensó Federico. “A correr de nuevo”.

Y así fue. Pero al contrario de la ruta descendente, nuestros amigos se vieron obligados a subir un piso más, le dieron la vuelta a los corredores del anfiteatro, bajaron por las escaleras inversas y se metieron justo entre bambalinas, donde los maquinistas no parecían existir. Los fragmentos del decorado de alguna opereta galante los protegía. Al parecer, nadie los iba a molestar, al menos por unos minutos. A lo lejos se escuchaban los gritos de los acomodadores que los buscaban como perros de caza. Era el momento de las soluciones definitivas y el infalible Germán tomó la iniciativa que todos estaban esperando.

—Lo mejor es que regresemos a la casa del profesor Garavito. Siganme.

—¿A la casa del profesor? —preguntó el papá—. ¡Ése es el sitio más peligroso de todos!

—Al contrario —contestó Germán—. Allá no vive nadie. No nos quedamos ni un minuto más aquí.

Fue una orden compartida por todos. Germán tomó el liderazgo que nadie había asumido y, sin esperar respuesta, se inventó el camino de la salvación.

Y volvieron al sitio de los rompe-cabezas. La casa del profesor Garavito era un oasis en medio de tantas carreras. Germán improvisó una llave maestra, volvió a empujar la puerta (como lo había hecho para encontrar la bola de cristal) y, sin hacer demasiadas preguntas, los protagonistas de esta historia se refugiaron en la salita silenciosa donde vivió sus últimos el Maestro.

Allí se sintieron más cómodos. Federico se acomodó en las piernas de su papá y, sin pedirle permiso a nadie, se quedó dormido. Por su parte, Germán y el papá del niño se sentaron frente a frente en sendos sillones, mientras dejaron descansar al trajinado habitante del billete. Eran casi las cuatro de la tarde. Dejaron correr el silencio y varios ángeles

cruzaron por la habitación. Germán ajustó su reloj y llamó la atención del padre.

—Ya casi va siendo la hora de su regreso —le recordó.

En ese momento, se le agotó la paciencia al papá de Federico. Lanzó un grito de desespero y se colocó frente a frente del rostro de la memoria del profesor Garavito.

—¡Necesito saberlo todo ahora mismo! —le suplicó—. He viajado cerca de setenta y siete años, por culpa de la curiosidad de mi hijo y resulta que ni siquiera, viniendo a las fuentes, ¡encuentro una respuesta satisfactoria! ¿Por qué diablos fue tan importante el tal profesor Garavito?

—No nos alcanzaría la vida —le advirtió Germán, con las explicaciones siempre en sus manos—. Si quiere saberlo todo acerca del profesor Julio Garavito, sus obras completas se condensarían en varios volúmenes en octavo, de cuatrocientas a quinientas páginas.

—¡Sí, ya lo sé! —aulló el papá, al borde de otro ataque de nervios—. Pero resúmelas, por favor. ¡Federico está dormido y es el momento de ser más explícitos!

—Muy bien —dijo Germán—. Pero no es mi problema si nos retrasamos.

El papá de Federico se acomodó en su silla y miró con los ojos sedientos de curiosidad a su interlocutor. La memoria del profesor trató de advertir algo, pero Germán no le dio tiempo, porque ya había comenzado a hablar.

—Todo se resume en seis puntos —dijo Germán, tratando de ser lo más claro y lo más rápido posible—: 1) los métodos originales para la práctica de las observaciones de posición, junto con los estudios de Climatología. 2) Sus teorías generales sobre estática y dinámica de los fluidos y otros problemas de mecánica. 3) Todas sus cuestiones analíticas, absolutamente originales, incluyendo su crítica magistral de las geometrías no euclidianas. 4) Sus estudios para resolver el desacuerdo aparente que existía entre la teoría ondulatoria de la propagación de la luz y el fenómeno astronómico de la aberración. 5) Sus tablas de la Luna, fundamentales para sustituir planteamientos anteriores. Y 6) Su trabajo infatigable en el Observatorio Astronómico, donde desarrolló la investigación acerca de la intensidad del campo magnético terrestre, el plan de



Cometa Halley

la Oficina de Longitudes y un largo etcétera que no quiero enumerar. Y eso que no le digo nada acerca de sus textos del Cálculo que ya sabemos y de Mecánica Racional, así como de sus escritos sobre economía política. ¿Le parece suficiente? ¡Ah! Y como me va a preguntar ahora que todo eso para qué sirve, me permito informarle que detrás de la obra de Garavito se esconden las verdaderas bases conceptuales para el desarrollo de nuestro país, tanto en las ciencias, como en la economía, tanto en la astronomía, como en el pensamiento. Ya lo dijeron sus colegas en su momento: Dios ha hecho muy pocos genios para que habiten el mundo. Uno de ellos fue Garavito.

El papá de Federico no había dejado de mirarlo. Su boca estaba semiabierta y su rostro tenía una expresión indefinible, mezcla de “qué maravilla” con “¿y con qué se come todo eso?”. No hubo ningún comentario al respecto, porque Federico comenzó a lanzar ronquidos sin afinación y la memoria del profesor no pudo evitar darle las gracias a su inmediato defensor.

—Perdone —susurró el papá de Federico—. ¿Pero me dice que don Julio Garavito sólo vivió cincuenta y cinco años?

—Eso es lo admirable. En tan poco tiempo, logró desarrollar una obra de proporciones monumentales. Pero si quiere aprovechar estas privilegiadas circunstancias, le recomiendo que le eche una ojeada a los papeles que nos rodean. Al menos, podrá darse cuenta del ambiente en el que vivió el gran científico.

Ésa era la orden que estaba necesitando desde hacía rato. Se paró de un salto y se sumergió en el despacho fascinante donde alguna vez trabajó el profesor. Muchos libros, un escritorio, una cafetera, una pluma, una montaña de papeles que el padre de Federico leyó feliz, a pesar de no haber entendido nada. El papá de Federico descubrió cientos de páginas con tablas matemáticas, fórmulas de otro mundo, dibujos geométricos, reflexiones sobre temas que trascendían los límites de la Tierra, anotaciones con fina caligrafía, las cuales se extendían en cantidades de hojas que parecían inagotables. Descubrió folletos con títulos tales como *La Paradoja de la óptica matemática, Teoría de la refracción y de la aberración de la luz, Equilibrio de los macizos pulverulentos, Nota sobre las geometrías planas no euclidianas, Nota sobre la dinámica de los electrones o El cometa de 1901*. En este momento

se detuvo. Su cabeza registró un dato que le pareció familiar y desvió su mirada hacia el paciente Germán.

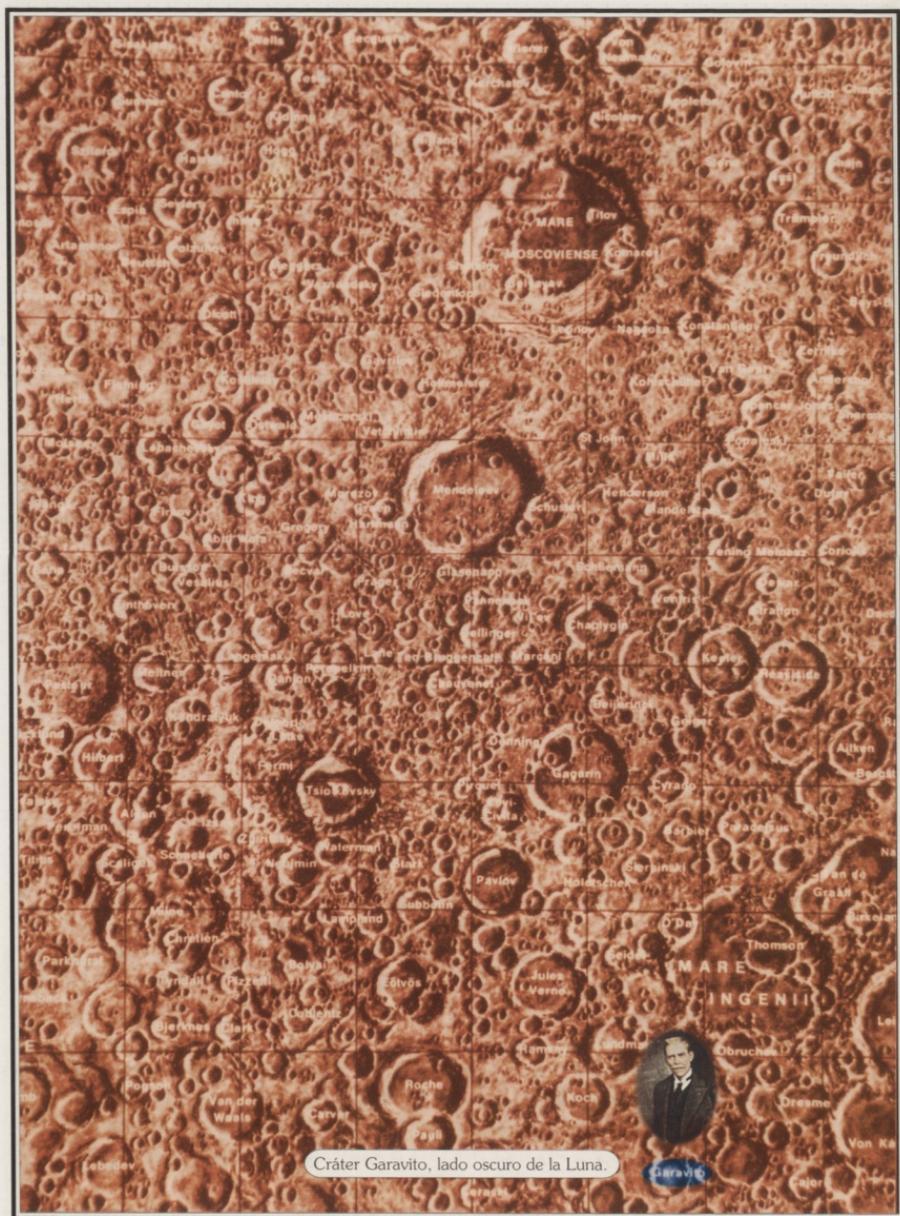
—Los cometas —pensó en voz alta el papá de Federico—. ¿No le tocó al profesor Garavito el paso del cometa Halley?

—Claro que le tocó —explicó Germán—. No solamente determinó su recorrido, sino que tuvo que explicarle a los profanos acerca de las realidades que este hecho escondía.

—Había, por aquellos días —complementó la memoria del profesor—, la creencia de que el cometa iba a causar estragos en la Tierra, de que era el advenimiento del Juicio Final y muchas otras ideas absurdas por el estilo. Tuve que entrar a aclarar todas estas interpretaciones erradas y fantásticas.

—Hasta tal punto era la confianza que se le tenía al profesor Garavito, que en mayo de 1910, la víspera del paso del cometa, corrió una voz a lo largo y ancho de la Capital: “Garavito se ha confesado”. Razón suficiente para que los más ingenuos se refugiaran en las iglesias. Igual sucedió con los temblores que nos sacudieron en 1917, los cuales fueron explicados sabiamente por el maestro. Sin embargo, los bromistas perversos se encargaron de lanzar la noticia: “Garavito huyó de la ciudad y está durmiendo en un toldo”. No se trataba, por supuesto, sino de bromas callejeras. Lo cierto es que el profesor explicó que la cola del cometa no era gas, ni materia arrastrada por el núcleo, sino una simple ráfaga luminosa absolutamente inofensiva. Lo propio ocurrió con lo que despertó la conjunción heliocéntrica de algunos planetas en la noche del 17 de diciembre de 1919. La voz de don Julio siempre estuvo presente para dar todas las explicaciones. ¿No es así, profesor?

El papá de Federico los escuchaba con atención y daba la impresión de estar fascinado con los comentarios. La penumbra del salón era acogedora y parecía como si sus habitantes se fuesen a quedar a vivir allí para siempre. El papá continuó escarbando entre los libros y las anotaciones, quedando cada vez más y más desconcertado. “Es increíble que yo no supiera nada de semejante maestro”, pensaba, mientras sus ojos seguían descubriendo el nuevo universo desconocido. Se detuvo entonces en una montaña de papeles, donde supo que el profesor Garavito también había sido un docto en economía. Trató de memorizar los nombres: *Seguro agrícola, Evolución en la distribución de la*



**riqueza...** ¡Imposible! Nunca iba a ser capaz de recordar tantos títulos. El archivo del profesor Garavito era un monumento a la sabiduría.

—Disculpen. Me parece que debemos confesarle algo a don Germán —dijo la Memoria.

Y mirando al papá de Federico, lo interrogó:

—¿Le parece bien que contemos lo del cráter?

—¿El cráter? —el papá de Federico miró al hombre del billete como si le estuvieran hablando en otro idioma.

—Sí, lo del cráter. Tenemos que pagarle a este buen hombre con una información del futuro, una noticia “exclusiva”, para que él guarde en los archivos de sus recuerdos.

—Lo siento, profesor. Pero no sé a qué se refiere —confesó el papá.

—¿No lo sabe? —preguntó aterrada la Memoria—. Lleva manipulando este papel moneda durante meses ¿y todavía no sabe la historia del cráter?

—No veo cuál sea la relación entre un billete de veinte mil pesos colombiano y la existencia de un volcán —trató de justificarse el papá.

—Pues, mi estimado progenitor, tengo que admitir que usted necesita muchas más lecciones de las que yo pensaba —dijo la Memoria—. Tengo que explicarles, en primer término, que detesto los actos humanos que tienen como fin último la búsqueda del renombre. Ya lo dije en su momento: “La ambición es una de las principales causas que impiden que los hombres sean amigos entre sí”.

—Tiene toda la razón —dijo el papá de Federico—. Pero... ¿y el cráter?

—Hacia allá vamos. Resulta que, en 1970, la Unión Astronómica Internacional bautizó con mi nombre un conjunto de cráteres selenitas en el lado oscuro de la Luna. Debo explicarle a don Germán que la cara oculta del satélite ya ha sido conocida por los hombres de ciencia del futuro. Ha quedado, pues, marcado mi nombre en los mapas lunares establecidos por los científicos terrestres. Para mayor información, mis coordenadas lunares son: Hemisferio Sur a los 48 grados de longitud por 157 grados de longitud oriental, al sur del *Mare Ingenii*. Su anchura es

de unos 80 kilómetros. Allí estoy, al lado de Julio Verne, Koch, Poincaré, Lamarck y Crocco.

—Pero... ¡eso es extraordinario! —gritó el papá de Federico.

Y gritó tan duro, que su hijo se despertó.

—¿Qué es extraordinario? —preguntó Federico, mientras bostezaba.

—¡Todo, Federico, todo! —exclamó el papá, cada vez más entusiasmado—. ¡El profesor Garavito es un auténtico genio!

—Eso ya lo sabíamos desde hace rato —dijo Federico, como si trabajara en la Unión Astronómica Internacional—. Yo lo único que quiero es regresar a mi casa con mi mamá.

—No, Federico, no me has entendido —insistió su papá—. El profesor Garavito es una eminencia de reconocimiento mundial. ¡La prueba está en que los científicos de todo el mundo decidieron ponerle su nombre a uno de los cráteres de la Luna!

—¿Cómo así?

—Como lo oyes. Así como hay una plaza que se llama Plaza de Bolívar en homenaje al Libertador, hay en la Luna un sitio que se llama **cráter Garavito**, en homenaje a don Julio. ¿No te parece fascinante?

—No. No me parece. Si el profesor se la pasó estudiando la Luna toda la vida, me parece apenas normal que en la Luna haya un sitio que se llame como él.

El papá lo miró con cara de reproche.

—Por favor, Federico. No seas irrespetuoso con el profesor.

—No. No lo es en lo más mínimo —interrumpió la memoria—. Federico está comenzando a entender.

El que no comenzaba a entender nada era Germán. De un momento a otro, entró en crisis. El cuento del cráter le había desordenado su cabeza. Observó el billete, al niño somnoliento que agitaba sus piernas sentado en el sofá, al papá con los cabellos crispados de la fascinación. Se dio cuenta de que todo era insólito. Se pellizcó los cachetes con ambas manos y comenzó a pensar que estaba loco.



La Tierra y la Luna  
giran alrededor del Sol

El planeta Tierra



Observatorio Astronómico de Bogotá

—Disculpen la pregunta y que vuelva a empezar por el principio —suplicó Germán—. ¿En realidad, ustedes vienen del futuro, o me están haciendo una broma de mal gusto?

—Ya quisiera yo que se tratase de una broma —contestó el papá de Federico—. Pero es cierto. Venimos del año 1997, aunque usted no lo crea. Y, a decir verdad, ya estoy cansado de estos viajes por el tiempo.

—¡El tiempo! —gritó la Memoria—. ¡Estamos retrasados! ¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Retrasados? —preguntó Germán—. Pero por qué no me explican...

—¡No hay tiempo para explicaciones! —gritó el señor del billete—. Tenemos que llegar al sitio de donde partimos. Llévenos, Germán. Es muy tarde.

—Ah, no. Yo no me muevo de aquí, hasta que no me expliquen todo con pelos y señales.

—¡No podemos! —insistió—. Si no podemos llegar al futuro en una hora exacta, el mundo se olvidará por completo de Julio Garavito, porque yo soy su memoria, mi obligación es estar allá y no aquí. ¿Me entiende? ¡Por favor, German!

A Germán no le quedó más remedio que aceptar las razones del dibujo del profesor. Incluso el papá de Federico, que comenzaba a organizar papeles del científico para llevárselos a su casa, debió prescindir de su actividad y concentrarse en el regreso.

—Tienen razón —dijo—. Tenemos que volver.

Se pusieron en marcha. Federico cogió el billete y se lo guardó en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Su papá trató de memorizar otros títulos, pero se le trabaron los cables y comenzó a equivocarse, a confundir la aberración de la luz con los cráteres de la Luna, la paradoja de la óptica matemática con las geometrías no euclidianas. Finalmente, decidió dejar los papeles en su sitio y esperar a que los discípulos del sabio se pusieran en la tarea de organizar para la posteridad (y, entre otros, para él mismo) la obra del profesor.

Germán, como siempre, lideró la salida de la casa. Lo seguía el papá y Federico montado en los hombros de su progenitor. ¡Pero... otra vez

los problemas! Germán abrió la puerta y cinco policías los estaban esperando. ¿De dónde habían salido? No tuvieron tiempo de encontrar una respuesta. De repente, algún vecino que oyó ruidos dio la voz de alarma, nunca lo supieron. El hecho es que Germán le cerró la puerta en las narices a los agentes del orden y miró al papá con terror.

Salieron corriendo. Atravesaron un corredor, la cocina, un cuarto lleno de muebles y trastos abandonados. Por fin, un muro con una altura fácil de franquear. Germán subió de primero y le ayudó a Federico. Luego el papá, sacando sus últimos alientos de educación física, logró franquear el obstáculo y unirse a sus acompañantes. Cayeron en el patio de unos vecinos. Corrieron como alma que lleva el diablo y, cuando menos lo pensaron, estaban en la calle, iluminada con una triste luz azul.

Germán cargó a Federico y echó a correr. Tras ellos, con el corazón palpitándole en la cabeza, el papá miraba hacia el cielo, buscándole la cara al círculo selenita. “La Luna”, pensó. “Allí tiene que estar la clave para nuestro regreso”.

Y no estaba equivocado. Cruzaron más calles de piedra, esquivando peatones y animales, mientras Federico le indicó a Germán cuál había sido el sitio inicial del viaje.

—¡Pero si hemos pasado por aquí tres veces! —dijo Germán—. Me lo hubieran dicho desde un principio. ¡A esta plaza hubieran podido llegar con los ojos cerrados!

A esa hora, mucha gente caminaba por las calles y los observaba con curiosidad. Germán, el niño y el papá temblaban de miedo y le veían cara de policía a todos los habitantes de la Capital.

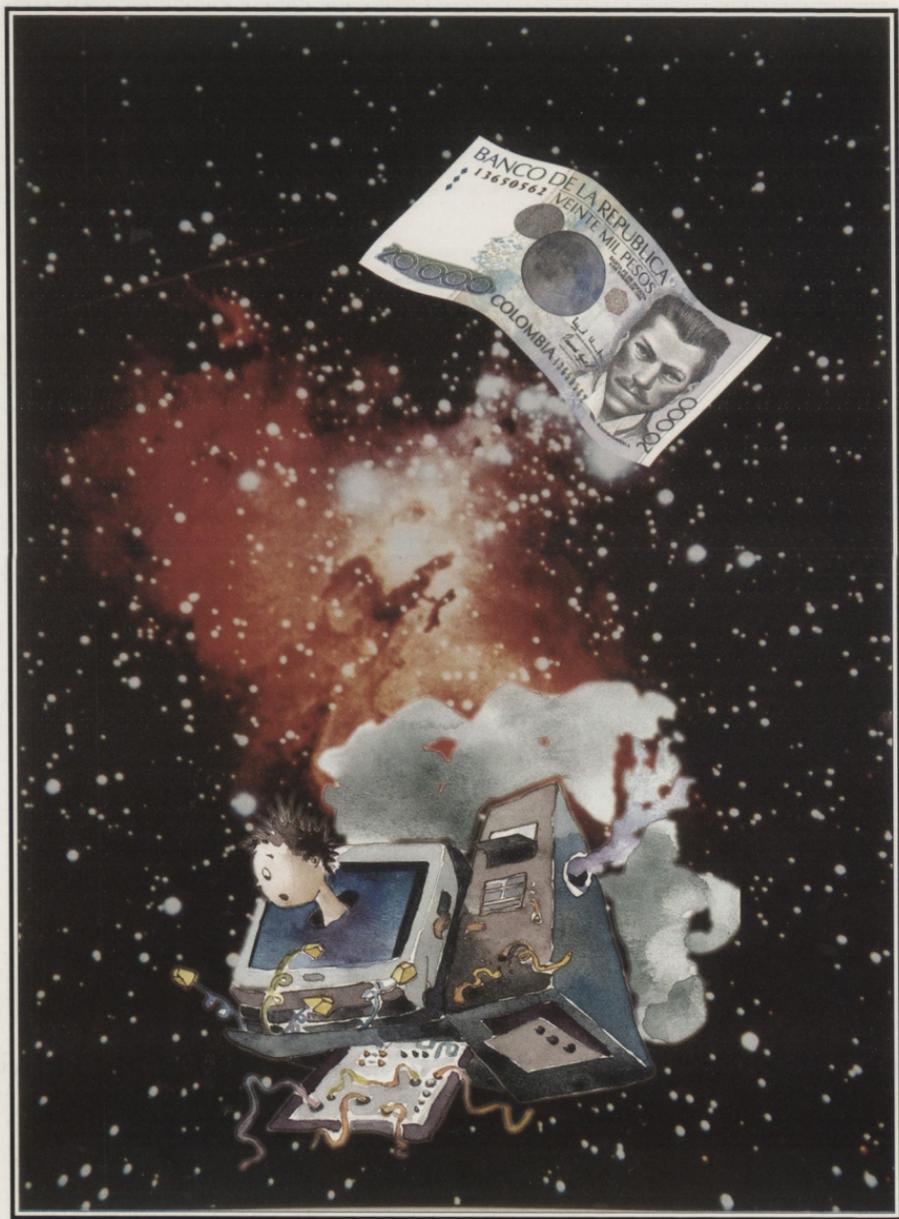
—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Federico al hombre del billete, casi que como una exigencia.

—No logro el contacto —dijo la Memoria—. Tenemos que ir al Observatorio.

—¿Cómo?! —gritaron Federico y el papá.

—No puedo explicarles ahora. Dependemos de la posición de la Luna. Corramos al Observatorio, o no alcanzamos.

¡Otra carrera! Atravesaron la plaza sin importarles las miradas de los oscuros peatones de sombrero. Germán los acompañaba sin saber muy



bien por qué lo hacía. Federico lo había tomado de la mano y lo guiaba en el trote salvaje contra el tiempo.

Cuando llegaron a la entrada del Observatorio, el papá de Federico se tiró al suelo.

—Aquí me quedo —dijo—. Yo ya no puedo más.

—No se preocupe, señor —gritó la memoria—. El satélite está de nuestro lado. Podemos regresar en un minuto.

Se miraron todos aterrados. No podían creer lo que estaban escuchando, pero a la memoria del profesor Garavito no se le podía discutir. A Federico le comenzó a dar cierta tristeza por el regreso y le pidió a Germán que lo cargara. En ese instante, supieron que la cuenta regresiva (o mejor, hacía adelante) había comenzado.

—¿Nos vas a ir a visitar a Londres? —le suplicó Federico.

—No sé si pueda —respondió Germán con un lagrimón atravesado en la garganta.

—Un momento —ordenó el papá—. Antes de irnos, usted tiene que revelarnos su verdadera identidad. Yo no creo que usted sea un espontáneo transeúnte que, por casualidad, conocía los detalles de la vida del profesor Julio Garavito.

Germán lo miró con tristeza.

—Tiene razón. Hay algo que ustedes no saben. Yo...

En ese momento, en ese justo momento, se oyó un grito en la distancia.

—¡Cójalos!

No podía ser cierto. El vigilante del Observatorio los había reconocido. Desde una ventanita comenzó a gritar, mientras, de otro extremo de la calle, se acercaban, como en una película de cine mudo, los amenazantes policías.

—¡Dios mío! ¿Será que nunca vamos a descansar? —gritó el papá.

—¡Vamos! ¡Tómense de las manos! —ordenó la Memoria—. Y no se vayan a olvidar de mí.

Federico tomó con fuerza el papel moneda. El papá abrazó a su hijo y ambos miraron a Germán. Este les lanzó un beso con ternura. Les

guiñó el ojo y pensó: “será la próxima vez”. Luego, salió corriendo, en dirección a la plaza.

—¡Gracias! —le gritó el papá.

Fue lo último que alcanzó a decir. Una luz que venía desde el cielo, como la señal de un faro, se introdujo justo al centro del billete. Federico y su padre se vieron envueltos en una ráfaga violeta intensa y, sin tiempo para hacerse recomendaciones, sus cuerpos empezaron a temblar y a dar vueltas. Estaban en medio de una borrasca, de un remolino indomable; sus cabezas vibraban por dentro y ambos pensaron que el fin del mundo se les había venido encima. Pero pronto, se sumieron en la oscuridad y viajaron sin aire por un túnel que no tenía final y volaron durante un tiempo incontable, al interior del billete.

Pasado el gran impacto, el papá y Federico sintieron un olor a cables chamuscados y vieron las sombras de un territorio conocido. “Me parece que estamos llegando”, pensó Federico. Pero no dijo nada, para no crearle expectativas a su padre. De súbito, una fuerza sin orígenes les sacudió las piernas y los empujó hacia un hueco estrecho.

—¡Por allí no cabemos! —gritó el papá.

Pero sí, sí cabían. La cabeza de Federico se asomó primero y, ¡oh, sorpresa!, estaban en casa. Haciendo supremos esfuerzos salieron del orificio y, segundos después, se dieron cuenta de que estaban emergiendo de la pantalla del computador del papá. Éste (el computador, no el papá), sobra decirlo, había quedado inservible.

Cayeron al piso y cerraron los ojos diez, quince segundos. Cuando los abrieron, miraron hacia la ventana. Era de noche. La mamá, por fortuna, debería estar durmiendo. “¿Será que llegamos a la época correcta?”, se preguntó el papá. “No soportaría un tiempo distinto al de mi tiempo”. Trataron de levantarse y observaron el panorama. Pedazos de cuerdas, cables chamuscados, un vidrio roto en mil pedazos, humo verde por toda la sala; en fin, la vida destrozada.

—No hagas ruido —fue lo único que alcanzó a decir el papá de Federico.

Y se fundieron.



## El último mensaje



El día siguiente, Federico estaba profundo en su cuarto. El papá se despertó de un salto. Él también estaba en su propia cama. Todo parecía en orden, salvo una nota sobre la mesita de noche que rezaba: "Inútil. No pude despertarlos. Regreso en una hora. La Mamá". El papá se levantó a tomarse su tradicional vaso de agua doble y caminó pasito hasta la sala. Estaba perfectamente arreglada. En el estudio, el computador yacía intacto, con su pantalla triste, casi sin estrenar.

El padre de Federico estaba confundido y le daba cierta vergüenza despertar a su hijo para preguntarle si era cierto que habían estado en Bogotá en 1920. Mientras se preparaba una taza de té, continuó pensando y llegó a la conclusión de que se había quedado pegado en un sueño de prolongadas aventuras. Quiso tranquilizarse con la idea, hasta que abrió el cajón de su escritorio y

se encontró con el billete de veinte mil pesos de la República de Colombia. Lo miró con terror, pero la memoria del profesor Garavito lo calmó con una sonrisa.

—Muchas gracias por todo —dijo la Memoria—. Y perdonen la molestia.

El papá cerró de un golpe el cajón. Corrió hacia la cama de Federico y se acostó a su lado, buscando al único ser sobre la Tierra que podía comprenderlo.

Pasaron los días y el mundo volvió a su curso normal. El papá de Federico cambió el billete de veinte mil pesos por su equivalente en libras esterlinas, pretendiendo olvidarse de lo que había vivido, pero era imposible. Aunque su hijo nunca le mencionó el tema, ambos sabían que la vida, de ahora en adelante, les iba a cambiar. Federico dejó de pedir sus obligatorios paseos al Museo de Historia Natural, pues descubrió las reproducciones de la Luna que había en el Museo de las Ciencias, unas cuadras más abajo. Su papá aprendió por fin a utilizar el computador de manera correcta y, poco a poco, descubrió información adicional acerca de la vida de don Julio Garavito.

Al principio le daba miedo indagar sobre el tema, pensando que la pantalla de su aparato se lo iba a chupar de nuevo. Pero pronto reconoció que las historias acerca del científico le fascinaban. De este modo, se dejó llevar por su curiosidad y, semanas después, su cabeza hervía de conocimientos sobre el tema. Su esposa adivinó que su marido estaba por fin inspirado y lo dejó trabajar más de la cuenta, esperando que algún día tuviese a bien concluir alguna obra maestra. Todas las tardes, por consiguiente, la mamá de Federico se llevaba al niño al Museo de las Ciencias y paseaban felices, yendo de la sección de Naves Espaciales a los simuladores de vuelo, de los salones de óptica, a las simples maravillas de los computadores para niños.

Por su parte, el papá de Federico, con la cabeza mucho más fría, entendió con satisfacción las dimensiones de su viaje. Lamentó no haber llegado al pasado en una fecha en la que el gran científico estuviese vivo, pero se consoló con haber descubierto un mundo que, de otra forma, no hubiese jamás indagado. Además, se enteró de las terribles condiciones en que terminó sus días el sabio profesor y le dio tristeza saber que murió en su cama, tosiendo, con una mesita para escribir sobre su cama y acompañado de sus dos hermanos, Justino y Fernando. Supo que los últimos días de don Julio se concentraron en la conclusión de un inmenso estudio sobre la aberración de la luz, organizando todas sus ideas científicas en el tiempo que sus fuerzas se lo permitían, puesto que una antigua dolencia adquirida antaño en una mina de carbón le atacó fatalmente sus capacidades respiratorias. Además, la muerte de su esposa, casi tres años atrás, lo destrozó por completo. Se retiró a sus

estudios privados y no volvió a tener contacto con el mundo real, sino por medio de sus cálculos y sus fórmulas.

La muerte de don Julio Garavito ocurrió el once de marzo de 1920. El papá de Federico logró establecer contacto con curiosas bibliotecas y con impecables hemerotecas, donde los datos sobre los últimos días del maestro le quedaron más claros. Leyó, por ejemplo, un texto de Abraham de Lezama, donde se decía: "Ya al morir, su poderoso cerebro, que había permanecido firme, cedió con la pérdida del conocimiento; pronunciaba nombres de personas muertas y frases más o menos incoherentes. La noche anterior le oyó decir su hermano: 'Los viejos necesitan una requisa; yo me siento de noventa y un años: a Mesié N.N. —cuyo nombre no fue mencionado con claridad—, lo requisaron'. A las once del día miércoles sus ojos no tenían fijeza. Cuán dolorosa ha sido para la familia la extinción de ese miembro tan querido...!"

Al papá de Federico lo conmovieron esas líneas y prefirió concentrarse en el descubrimiento de lo que el profesor dejó para la vida. Pero entre más leía, más cuenta se daba de que iba a necesitar un cerebro cien veces más grande para poder alcanzar a comprender la dimensión de la obra del profesor Garavito. Pensó en el hombre del billete. Le pareció bien que anduviese por allí, de mano en mano, extendiendo la memoria del científico, en lugar de permanecer guardado en un cajón, o proponiendo peligrosos viajes al pasado.

Federico, por su parte, entusiasmó a su papá para que visitaran el Museo de las Ciencias. Se divertieron muchísimo jugando a los laberintos en el sótano y subiendo y bajando por los ascensores de vidrio. El mundo parecía que había vuelto a su cauce normal, hasta que una tarde, a finales del invierno, cuando se disponían a salir de casa, una carta le volvió a trastornar la cabeza al papá de Federico.

Era un sobre sin remitente. En una esquila amarillenta y de bordes ahumados, se leía, con impecable caligrafía, la siguiente nota: "Parece que en el Petit Palais de París, hay una estatua del profesor Garavito. Si quieren saber de dónde vengo y para dónde voy, los espero allá el cuatro de julio de 1998, a las tres de la tarde. Un abrazo, Germán".

El papá de Federico le leyó la carta a su hijo esa misma noche, en medio de los cuentos que le contaba siempre antes de dormir. Federico lo miró feliz, con los ojos iluminados.



## Final: Instrucciones para aterrizar



Arriba lado derecho:  
Detalle superficie lunar.

Tumba de Julio Garavito, en el  
Cementerio Central de Bogotá.

Me llamo Federico. Tengo treinta y nueve años y acabo de regresar de la Luna. Siempre vi como un sueño lejano el hecho de poder conocer el cráter Garavito, pero gracias a mis estudios de navegación espacial, he podido realizar mi anhelo. Harto trabajo, debo confesarlo, me costó conservar el ramo de flores que quería depositar en la superficie selenita. Peor aún, más difícil fue encontrar el lugar que estaba buscando, pues me perdí entre los cráteres con otros nombres, como el Eötvös, el Roche, el Pauli, el Ceraski, luego di la vuelta por el Poincaré, el Abbe, el Hess, el Boyle, el Lamarck, hasta que por fin descubrí el Crocco y, muy cerca de allí, el Garavito. Me sentí muy a gusto en este orificio discreto, donde ningún letrero ni ninguna placa interrumpe la tranquilidad del paisaje. Deposité las flores en silencio y permanecí un rato pensando sin pensar, vacío y satisfecho, como si me hubiese quitado un gran peso de encima.

A mi papá le hubiera gustado estar allí. No sé de qué manera haría el viaje, pues le tenía terror a los

desplazamientos aéreos. En fin. Ya es muy tarde para convencerlo. ¿Y Germán? ¡Ah, Germán! ¡Cuánto hubiera gozado! El vendrá por acá, estoy seguro, en cualquier momento.

Mi mamá me pidió que le tomara algunas fotos de la superficie de la Luna y eso he hecho, aunque no creo que esas imágenes sean justo testigo de lo que se vive en el satélite. Hay una oscuridad que no produce miedo sino que, por el contrario, se parece a aquello que los humanos hemos decidido llamar "el cielo". Justo ha sido el homenaje al profesor Garavito, colocándole su nombre al cráter. Después supe que en Colombia hubo estampillas, esculturas y medallas que también le rendían tributo. Menos mal que el olvido no fue completo. Hubiese sido una verdadera vergüenza con la historia. Además, gracias al hombre del billete, su memoria se extendió de mano en mano, al menos generando una pregunta de curiosidad: ¿Quién es este señor?

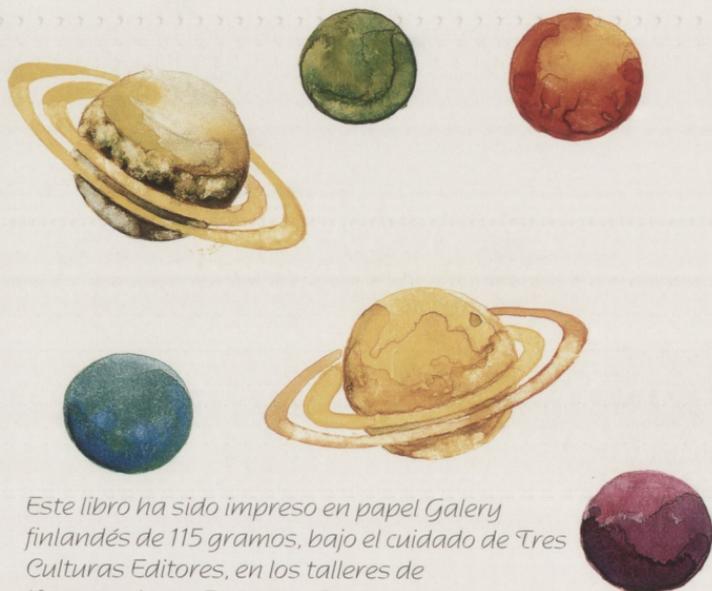
Cuando iba a regresar a la Tierra, algo me mordisqueó mi pierna izquierda. Introdújela en el bolsillo de mi traje espacial y allí estaba un billete de veinte mil pesos de la República de Colombia. No importa que, hoy por hoy, esta cifra ya no valga nada. Para mí sí es un recuerdo definitivo. Lo he guardado por tanto tiempo que... Bueno, no voy a ponerme ahora sentimental. Lo que quiero narrarles es que miré la memoria del profesor en silencio, como diciéndole: "Lo conseguimos, ¿no?" y la Memoria me sonrió y me hizo un gesto de súplica y a mí no me quedó más remedio que entenderle.

Despacito, deposité el billete al lado del ramo de flores y le dije adiós con la mano, deseándole un buen descanso. La memoria del billete cerró los ojos y me dedicó una sonrisa de "hasta siempre". Di media vuelta y regresé a la nave, sin mirar hacia atrás, porque no me gustan los finales tristes.

Cuando volví a la Tierra, fui a visitar a mi mamá y ella me entregó los manuscritos que usted, amigo lector, acaba de terminar. Los leí aterrado. No fui capaz de mirar a mi mamá a los ojos, porque me dio vergüenza no haberle contado antes aquella historia.

¿Viajes al pasado? Eso no es posible, mamá. Cosas que le daba por escribir al viejo.





*Este libro ha sido impreso en papel Galery  
finlandés de 115 gramos, bajo el cuidado de Tres  
Culturas Editores, en los talleres de  
Panamericana Formas e Impresos, en agosto,  
mes propicio para las artes de la contemplación  
del cielo y el vuelo alado de las cometas.*

Agradecimientos especiales al doctor Gustavo Arias de Greiff, director del Observatorio Astronómico de Bogotá, a la Sociedad Colombiana de Ingeniería, Biblioteca Nacional de Colombia y Biblioteca Luis Ángel Arango, del Banco de la República, por su colaboración para la documentación gráfica.





Julio Garavito es una personalidad única en la cultura científica de Colombia. Ingeniero, matemático, geómetra, astrónomo consumado y economista. En sólo cincuenta y cinco años de vida desarrolló una actividad inmensa, tanto a nivel pedagógico e investigativo, dejando una obra que hizo méritos suficientes, no sólo para aparecer en una estampilla publicada hace cincuenta años, sino para ser homenajeado en el billete de 20.000 del Banco de la República de Colombia, así como su nombre sirvió para bautizar uno de los cráteres de la Luna, según la decisión de la Unión Astronómica Internacional. Pero más allá de los reconocimientos simbólicos, queda la inagotable fuente de sus escritos y deducciones filosóficas y matemáticas.

Sandro Romero Rey ha estado ligado a la actividad artística y literaria desde su infancia. Autor, actor y director de teatro. Estudió en la Escuela Departamental de Bellas Artes de Cali y se especializó en Arte Dramático en la Universidad de París VIII en Francia. Su trabajo sobre las tablas lo combina con la actividad pedagógica, la producción narrativa y la escritura de guiones para cine y televisión. Entre sus trabajos más destacados podemos citar los montajes de las obras *El Mar* de Andrés Caicedo y *El Aire* de su propia autoría. Su novela *Oraciones a una Película Virgen* apareció en 1993.

CENTRO DE DOCUMENTACION



01005095

COLCIENCIAS